Dup.

ANTONIO DOMÍNGUEZ

La buena voluntad

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

1.000

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

Para Tomasito Borrás.
énix de los amigos, Belmonte
iseáse, fenómeno) de la crítica,
que —como Garcilaso, Cervantes,

LA BUENA VOLUNTAD

tc.— toma ora la pluma
ra la espada... ora la vaina

Con un abrazo,

Antonio Domínguez

LA BUENA VOLUNTAD

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO DOMÍNGUEZ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid, la noche del 14 de Mayo de 1913

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, II DUP.

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA SEÑORA DE MONTÁNCHEZ	SRTA.	PÉREZ DE VARGAS.
DOÑA MARÍA	SRA.	ALBA (Irene).
UNA DONCELLA	SRTA.	HURTADO.
GERARDO	SR.	GONZÁLEZ.
DON EVARISTO MONTÁNCHEZ		BONAFÉ.
POMBO		ZORRILLA.
GARCÉS		ROMEA.
LINARES		ASQUERINO.
PAREDES		MANCHA.
GASPAR		BARBOSA.
ANTOÑITO, niño	NIÑA	CALVO.
JOSÉ, criado	SR.	ORTEGA.
RAFAEL, ídem		RASCHE.
UN CRIADO, que no habla		N. N.

Derecha é izquierda, del actor



ACTO PRIMERO

Despacho bien puesto. Una puerta al foro, otra á la derecha, otra á la izquierda. Una mesa con teléfono, otra de servicio á segundo término.

ESCENA PRIMERA

POMBO, JOSÉ. RAFAEL, al principio.

Pombo sale decididamente izquierda, desatendiendo á Rafael que trata de impedirle la entrada. José, que sale foro, hace frente á Pombo, oponiéndose resueltamente á que continúe su «invasión».

Raf. Este señor, que quiere entrar...

José Perdone el señor, pero...

Pombo Me precisa ver al señor.
(Rafael retirase izquierda. Mutis.)

José Los señores aun no se han levantado de la mesa.

Pombo Esperaré.
(Óyese á la derecha ruido de conversación.)

José Salen ya. Ruego al señor que pase á esa otra habitación.

Pombo ¿Tienen invitados?

José Dos ó tres íntimos.

Pombo Entonces déle esta tarjeta. (Escribiendo en ella.) «Espéreme.» Vuelvo. (Pombo entrega la tarjeta, y mutis izquierda.)

José (Leyendo la tarjeta.) «Joaquín Pombo»... ¡El banquero! Así se mete como Pedro por su casa...

(José levanta la cortina puerta derecha, para que salgan los personajes de la escena II, da la tarjeta á Montánchez, y mutis foro.)

ESCENA II

SEÑORA MONTÁNCHEZ, DON EVARISTO MONTÁNCHEZ, GERARDO, GARCÉS y LINARES.

Evar. ¡Bah, bah, bah!... Eso es un trozo de un discurso mío del año 1901... ¡La evolución, querido Garcés, la evolución!... Ningún gran político debiera desconocer su alcance. Sin embargo, usted es un gran político y parece olvidarle.

Garcés Me lisonjea usted, querido ministro. Otro ejemplo: yo siempre he creído que el impuesto de inquilinato...

Evar. No me salga usted con el comodín del inquilinato, ni me diga incongruencias, que no estamos en el Congreso. Hablábamos del catastro parcelario, tema en el cual usted me hace todas las tardes en el Congreso la más temible oposición.

Garcés Señor, ¿no soy el campeón del bloque oposicionista?

Evar. Sí...

Garcés ¿Y no fué eso lo que convinimos en la conferencia memorable, entre el presidente...?

Evar. (Interrumpiéndole, enojado.) No me hable usted del presidente.

Garcés ¡Bah!, rencores fugaces... ¡Eso no vale nada! ¿Entre el presidente, usted y yo y los jefes de las oposiciones reunidas?

Evar. Si no me quejo. ¡Claro, que ése es el programa y el único medio de conllevar ..! Pero me sorprende que encuentre usted modos y razones para hacer tan bien esa oposición que tanto le agradecemos, cuando lo que yo digo en el preámbulo del proyecto de ley está copiado literalmente de lo que usted dijo en la sesión patriótica del año 9.

Garcés Pues los principales párrafos de mi discurso del lunes, que tanto le asombraron á usted...

Evar. ¡Ah!, y eran asombrosos...

Garcés Gracias. Me los aprendí de memoria, tomándolos de un manifiesto electoral que usted publicó en su distrito el año 7, dos años antes... Así es que... ¡dése usted las gracias á sí mismo!

Evar. La evolución, querido Garcés, la evolución.

Sra. de M. Mi padre siempre lo ha dicho: el modo más eficaz de hacer la oposición, es repetir lo que otras veces hemos oido al contrario.

Evar. ¡Oh, mi padre político, es una inteligencia de luminar sobre una roca por voluntad! Mi padre político... ¡Qué político!

Sra. de M. Es tan precavido que á las dos hijas nos ha casado, á la una con un político liberal y á la otra con un conservador. Y dice siempre: Siento no haber tenido otra, para haberla casado con un republicano, por si acaso...

Garcés ¡Todo previsión! El más alto don del gobernante... Y ahora, mi querido Montánchez, amiga mía, permítanme que me retire; es la hora de comenzar la sesión, sonarán los timbres... Tengo que prestar servicio de guarda madrugador y centinela avanzado, para no descuidar la fiera oposición que me ha sido encomendada. Ya los periodistas y asiduos estarán esperando mi llegada, para ver qué cara llevo. La cara la compongo en un instante; pero como estamos al ladito del Congreso...

Evar. Siempre quise vivir cerca de la Casa Grande; que mi albergue fuera de cristal...

Garcés Pues por eso... tengo que dar un rodeíto, para que nadie sospeche que puedo venir de aquí.

Lin. (Separándose de Gerardo, á Garcés.) Un momento... Voy con usted.

Garcés ¡Qué locura! ¡Oh, juventud!... Ir juntos el Director general de Correos y Telégrafos de este Gobierno, y yo que encarno la oposición rabiosa... Y habiendo usted sido además, hasta ayer, secretario particular del ministro Montánchez, alma del gabinete...

Evar. No tanto, un miembro nada más.

Garcés Si es usted un miembro, es el cerebro.

Evar. Siempre tan lisonjero. (Acompañando á Garcés

hasta la puerta izquierda.) Hasta después, y tenga consideración al apabullarme... ¡Déjeme usted que me rebulla!

Garcés No mucho; dirían que nos entendemos. ¡Yo sé cumplir mis compromisos! (Mutis izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos GARCÉS. Al final, JOSÉ.

Evar. Este Garcés es hoy en día el más firme sostén del Gabinete... ¡A éste le descubrí yo!

Sra. de M. Sí, á éste le descubrimos... La primera vez que ocupamos el Ministerio de la Gobernación, le hicimos á él diputado, también por la primera vez.

Evar. ¡Y de oposición! Ya entonces nos fué muy útil. Le ayudamos, forzando la máquina, contra el candidato ministerial, que era un chico de muy buena voluntad, pero un tontaina que nos hubiera echado á perder cualquier cosa. Odio á los hombres de buena intención, de mucha voluntad... ¡y de poca perspicacia! Son los auxiliares más temibles, funestos. ¡Oh, Maquiavelo!... Maquiavelo y la evolución...; son mis dos normas.

Sra. de M. ¡Ah, Garcés, Garcés!... Mi padre lo presintió.

Evar. Y tu padre no se equivoca nunca. No porque te casara á tí conmigo.

Sra. de M. Ya sabía él que tú conmigo... Y también al casar á mi hermana tuvo un acierto indiscutible.

Evar. ¡Indiscutible! Un hombre, como tu cuñado, que todas las comisiones en que se hace colocar son de asuntos de Hacienda... ó de cosa que lo valga... ¡Es un estadista! (Formando grupo con Gerardo y Linares. La señora queda aparte, entretenida hojeando periódicos.) Bueno, ya te habrá instruido Linares en tus obligaciones de perfecto secretario particular. Procura imitarle; si logras no hacerme sentir el cambio, te proclamaré como hombre de ingenio y de valía.

Lin. Don Evaristo, por Dios...

Evar. No, no te ruborices, que sé que lo piensas más que yo.

Ger. No sé, no sé; mi voluntad es grande. Para este cargo creo que sirvo...; es decir, creía. La lealtad es mi enseña, soy un perro; mi buen deseo, inmenso... Pero le he oido á usted antes una cosa que me acoquina.

Evar. ¿Te acoquinas? No sirves para secretario de un ministro.

Ger. Me acoquina que ha dicho usted que odia á los hombres de buena voluntad, pero de poca perspicacia.

Evar. ¡Bah!, eso no va contigo... El pensar que pudo referirse á ti, no es señal de poca perspicacia precisamente.

Lin. Le he instruido en lo poco de reglas generales que tiene el cargo; porque ¡todo es de momento!

Ger. Me ha dicho que las cartas en que se niega deben ser largas y melosas, y hablar mucho de leyes y decretos; y, cuando se accede, lacónicas, como diciendo: ¿lo dijiste?, está hecho, no hay aquí sino tu voluntad. Me ha dicho, también, (Bajo, las palabras que siguen, para que la señora no se percate.) que á las señoras jóvenes se las pasa antes, luego (Ya alto.) á los diputados y personalidades, después á los electores, á los demás los días en que haya poco trabajo, y á los solicitantes en último caso.

Evar. Nunca, si pudiera ser. Decía Luis XIV: por cada empleo que doy, si lo solicitan veinte, hago diecinueve enemigos... y un ingrato. Se conoce que los empleos eran poco buscados entonces; ahora hubiera tenido que decir, en vez de veinte, veinte mil. Te felicito, Linares; has dado sabias lecciones á Gerardo. Veo que hice bien en protegerte siempre.

Sra. de M. Nosotros, como mi padre, nunca nos equivocamos. Y estamos muy contentos con haberle hecho á usted Director General de Comunicaciones.

Lin. Señora; yo nunca olvidaré...

Sra. de M. Yo fuí la primera que se lo indiqué á Evaristo...

Evar. Sí, la primera.

Sra. de M. Mira: á ese chico, que te lleva tan bien las cartas, le debemos dar la Dirección de Correos, ahora que está vacante...

Lin. Procuraré hacerme digno...

Evar. Estabas indicadísimo para Correos y Telégrafos, después de aquellos folletos que publicaste sobre Agricultura. Esta vez ha sido justicia seca.

Lin. ¡Gracias, gracias! Es usted mi padre político.. Es decir, mi padre en política, porque hijas no tiene usted...

Sra. de M. Ni hijos, ¡ay!, desgraciadamente.

Evar. Ni hijos, no... ¡Vaya!, ¿te vas al Congreso? Los muchachos ya debéis estar allí.

Lin. (Despidiéndose.) Señora... (Á Montánchez.) Hasta después. (Mutis izquierda.)

Sra. de M. (Consultando el reloj.) ¡Qué tarde ya!, querido; voy á concluir de arreglarme. (Mutis derecha.)

José (Presentándose izquierda.) Don Joaquín Pombo ha vuelto.

Evar. ¡Ah, sí! Que pase.

Ger. ¿Me retiro al despacho de los escribientes?

Evar. Bueno, sí; luego te posesionarás de la poltrona.

(Gerardo mutis foro. Sale izquierda Pombo, introducido por José que se retira.)

ESCENA IV

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ y POMBO. Al final, RAFAEL.

Pombo Querido Montánchez...

Evar. Amigo Pombo; soy mal pensado y acierto, cumpliendo el refrán. ¿Discusión de catastro?, me dije... ¡Visita tendrás de Pombo!

Pombo Siento decirle, Montánchez, que es usted inocente, como todos nuestros políticos.

Evar. Eso... ¡á nadie más que á un banquero se le puede ocurrir!

Pombo Y un banquero lo dice. Sé, tan bien como usted y como... los demás, que «éso» no va á aprobarse; así es que no me iba á molestar en tener el grandísimo gusto de verle á usted para «eso.» Perdóneme usted la rudeza;

pero yo con la rudeza he hecho el dinero, y no es cosa de cambiar de sistema á estas alturas.

Evar. Pero, ¡usted supone!...

Pombo No supongo nada, querido; sé. Yo jamás opero sobre suposiciones. En mi juventud me supuse varias veces algunas cosas, y todas las suposiciones me costaron el dinero. Voy á decirle á usted á lo que vengo: usted se figurará que esta tarde va usted á ir al Congreso, y que—después de los ruegos y preguntas—tomará la palabra Garcés, y les increpará á ustedes violentamente; y sólo le tendrá á usted con cuidado el pensar que Garcés esta tarde llevará mal vino...

Evar. No, hoy no lleva mal vino.

Pombo Ni importa.

Evar. ¿Por qué?

Pombo Porque no hablará.

Evar. ¿Cómo?

Pombo Que Fernández Pérez va á presentar una proposición incidental.

Evar. ¡Fernández Pérez!...

Pombo ¿Le amedrenta á usted?

Evar. No me hace mucha gracia.

Pombo Pues es el chistoso de la Cámara.

Evar. Así es que... Fernández Pérez...

Pombo ¡Bah!, no le conceda usted importancia. Está de acuerdo con nosotros, para derribar al Gobierno...

Evar. No, la cosa no tiene importancia...

Pombo Según...

Evar. ¡No!

Pombo Querido Montánchez; yo soy un hombre que habla claro; un hombre que no sabe expresarse, por eso hablo claro. Porque el que sabe expresarse no necesita hablar claro... Se trata de hacerle á usted Presidente del Consejo de Ministros; Gabinete Montánchez... ¡Esto suena! Ante todo, ¿usted me declara hombre incapaz de proponer cosas injustas?

Evar. ¡Le declaro á usted!

Pombo ¿Ni de tratar de nada que no sea decorosísimo, de estricta justicia...?

Evar. Sí, sí, siempre correctísimo.

Pombo Pues bien, esta tarde no vaya usted al Congreso. Así como á César, un emperador bastante antiguo, le dijo, creo que su mujer: «No vayas hoy al Senado, porque hallarás la muerte...» Lo mismo le digo yo á usted, sólo que, en vez de ser al Senado, es al otro sitio, al Congreso: no vaya usted al Congreso, y hallará la vida... ministerial, ¡y como Presidente!

Evar. ¿Quiere usted que desampare al jefe de mi Gobierno, hallándose amagado de una interpelación?

Pombo Es proposición incidental.

Evar. Peor aún... De una proposición Fernández Pérez...

Pombo Y usted, ¿qué sabe? Si yo no se lo hubiera dicho, ¿lo sabría usted? Las personas con quienes haya usted hablado hace un instante, ¿podrán presumir siquiera...? Todo se reduce á un empeoramiento ligerísimo en su catarro... ¿Usted no disponía de un catarro?

Evar. Sí, pero un catarro... político.

Pombo Pues político quiero yo que continúe. Además, ¿no es público y notorio que usted se enojó el sábado por el desplante aquel del presidente, hasta el punto de que presentó usted la dimisión?

Evar. La retiré.

Pombo Pero, siempre queda... Se ve que está usted tirante... Se disculpa que no le ayude hoy; y más, creyendo, como usted cree firmemente, que esta tarde se discutirá el catastro en la forma de los días anteriores... ¡Porque usted lo cree firmemente! Ya alguna vez le ha sustituído á usted en este asunto un compañero, ó se ha retrasado usted... Nadie puede sospechar.., ¡ni el más atrevido!... No va usted hoy; ¿y qué? Créame; el que no vaya usted esta tarde al Congreso será un gran acto político, será una obra patriótica. La proposición aludirá á la tala de pinos de Guarradejos de Abajo, relacionada, como usted sabe, con los trabajos catastrales. Usted tiene el expediente de Guarradejos con las cartas, notas y demás do-

cumentos que justificarían al Gabinete. La sola lectura por usted de algunos de esos papeles, nos aplastaría la proposición Fernández Pérez.

Evar. ¡Sin duda! Aquello se hizo muy bien..

Pombo Pero si usted no va; si eso que usted guarda no puede leerse, el efecto en la Cámara será grandioso, desolador...

Evar. Pero, yo caigo envuelto en él..

Pombo ¡Inocente! ¡Cuando yo digo!... Esta noche cuando usted se entere de lo ocurrido... se siente usted hervir en indignación, y mañana á primera hora lee usted los datos ante el Congreso atónito, que reacciona inmediatamente, y le tributa á usted delirante ovación; y usted apostrofa y aniquila á sus enemigos, á nosotros... ¡Nos confunde usted!

Evar. ¿Y qué se logra con todo eso?

Pombo Usted nada; pero nosotros... Cuando mañana lea usted esos papeles, y la reacción se opere, ya nuestro asunto en Bolsa está hecho. (*Un silencio.*) Quien puede me ha ofrecido de la manera más formal—y del cumplimiento de su palabra obran en mi poder serias garantías—que su ilustre jefe de usted caerá el mes que viene; no por esta discusión, no, sino por motivo de cosa muy distinta que no tiene nada que ver... ¿Quiere usted sustituirle en la Presidencia del Consejo de Ministros?; esta es mi pregunta. Créame usted, mi querido Montánchez, dejando ya á un lado la política, que un paseo en coche cerrado esta tarde acompañado de su señora por el Parque le arreglará ese catarro; le sería nocivo sumergirse en aquella atmósfera cargada del Congreso. (*Un silencio.*) Y... elevándonos un poco, ¡no sólo de política vive el hombre!; como conozco los sentimientos caritativos de su señora de usted, interesándome por la suerte de sus pobres, pues sé los favorece en crecido número, me ha de permitir, amigo mío,—y no le consiento objeción ninguna en este punto—que mañana, si bajan, adquiera por cuenta suya quinientas acciones de la Com-

pañía del Catastro. Podrían venderse luego de cien en cien, y liquidar nosotros solamente por diferencias...

Evar. No sé, no le digo á usted nada. Quizás, si me sintiese peor...

Pombo Pero, querido, comprenderá usted que un asunto de esta trascendencia, así en el aire...

Evar. Bueno, bueno, le permito á usted que me ponga en su despacho un centinela de vista.

Pombo Seré yo mismo.

Evar. Por allí he de pasar. Si me ve usted en el coche abierto, es que estoy mejor del catarro, y voy al Congreso; y si el coche es cerrado, me iré al Parque, según su receta.

Pombo (Disponiéndose á marchar.) Nada le repito, no me gusta insistir. Cuanto le he suplicado es estrictamente lícito, y con ello no se vulneran la justicia ni las conveniencias. ¡Será un gran acto político; será un proceder patriótico! El actual Gabinete, convengamos, sólo conseguirá llevar el país á la ruina; y un Gobierno presidido por usted, y no es lisonja, quizás sea lo que hoy por hoy la nación necesita. (Mutis izquierda.)

(Montánchez solo, deja transcurrir algunos instantes, después toca un timbre y se presenta Rafael.)

Evar. (Á Rafael.) Di á la doncella que avise á la señora que voy á hablarle. (Vase Rafael derecha. Después de algunos momentos de duda, Montánchez se siente acometido de golpes de tos... un tanto convencionales.) Este maldito catarro. (Mutis derecha.)

ESCENA V

GERARDO, JOSÉ. Al final RAFAEL.

(Salen ambos foro. José trae una brazada de cartas que deja sobre la mesa que estará á segundo término. Vuelve por más cartas, repitiendo este juego una ó dos veces.)

Ger. Pero, ¿todas esas cartas?....

José No se asuste el señorito; son las de los amigos, parientes y allegados del señor, que las

mandan para que las echemos por el Congreso.

Ger. ¿Ésas son todas de uno?

José Éstas son las del sastre, ésas las manda el médico, y aquéllas de la agencia que tiene establecida el primo de la señora.

Ger. ¡Ah!...

José También será pariente de usted, ¿eh, señorito?

Ger. Hermano de mi padre, primo de la señora ministra. Pero apenas le conozco; mi padre murió... ¡No nos trata á los parientes pobres! No es como doña Antonia que, á pesar de tener conmigo un parentesco lejano, siempre se ha servido protegerme... ¡Con qué pagaría yo!...

José (Esto y lo que sigue, mientras cuenta las cartas.) La señora es persona muy distinguida para dejar de interesarse por un pariente necesitado. Ahora se lleva mucho lo de tener parientes pobres; hay quien los inventa... Antes era cursi, y hasta bochornoso; consecuencias de la democracia. El tener los parientes en posición más baja, realza la figura propia. ¡Todos mis parientes han sido criados de casas modestas!

Ger. Usted, Pepe, también me ha tratado siempre con grandes consideraciones; se lo agradezco mucho. Cuando venía aquí... de solicitante, tenía usted, sin embargo, para mí una sonrisa.

José ¡Oh! Sabía que era usted pariente de la señora; y, además, su simpatía personal... (Acabando de contar las cartas.) ¡Vaya!, hoy no han cargado mucho... ¡Cuatrocientas doce! Ponga usted el volante. (Lo que sigue, mientras José le prepara el volante que ha de acompañar á las cartas, y Gerardo lo firma.)

Ger. Ya me han dicho que es usted un auxiliar excelente; y, ¡vaya si me harán falta auxiliares! Porque, fíjese usted, ¡qué diferencia del negociado! Allí, como se sigue la misma costumbre del siglo XIV, y no se admiten cambios por muchas leyes que nos echen, no hay que pensar, y se despacha todo tan divinamente... Pero, ¡aquí!...

José ¿Cree el señorito que no sirve para secretario particular...?

Ger. Sí sirvo, José, sí sirvo; porque para un cargo de confianza, como éste, lo primero que hace falta es lealtad, amor, interés, agradecimiento por el jefe, por el amo; ¿no es verdad?

José Sí lo es.

Ger. Y yo, por don Evaristo y doña Antonia, no digo quemarme la mano derecha antes, no de hacerles traición, de andar frío en servirles...

José ¡Se ve que es usted hombre de intención recta!

Ger. ¡Recta es poco, para calificarla habría que inventar una línea nueva! (José desaparece un momento foro, volviendo á salir con otro grueso montón de cartas, que se supone son las recibidas en el día, y que coloca encima de la mesa destinada á Gerardo, en la que está el teléfono.)

José Esta es la correspondencia que tiene el señorito para hoy. Pero avisaré á don Gaspar, que venga á ayudarle. (Mutis foro. Rafael habrá salido á ayudar á José, llevándose por la izquierda las cartas para el Congreso, con el volante. Gerardo quédase abriendo las cartas que ha de despachar, y leyéndolas muy atentamente.)

ESCENA VI

GERARDO, GASPAR. Después, SEÑORA DE MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ. Cuando se indique, RAFAEL.

Gaspar sale foro y siéntase ante la mesa de Gerardo y enfrente de éste, empezando inmediatamente á abrir y leer cartas, todo lo cual hace con gran celeridad y maestría, contrastando con la torpeza y lentitud de Gerardo.

Gas. Á sus órdenes, señor secretario.

Ger. (Pasando á Gaspar la única carta que ha podido leer.) Es una recomendación...

Gas. Casi todas. (Mirando la firma.) Es de un prestamista á quien el señor ministro conoce... de la juventud.

Ger. (Que ha abierto otra carta y la está leyendo.) ¡Hombre! ¡Para qué cosas piden recomendación! (Leyendo) «Le ruego me recomiende al recaudador de cédulas de mi barrio, para que no me hagan formar cola...» (Siguen entregados á su trabajo. Salen derecha señora de Montánchez y don Evaristo Montánchez, ambos de calle.)

Evar. No quieres que se te retrase el trabajo el día en que debutas...

Ger. ¡Sería buen modo de pagar lo que les debo á ustedes!

Evar. ¡Nada, hombre, nada!

Ger. No ha de notar usted la sustitución de Linares; yo se lo juro. (Levántase. Gaspar sigue trabajando hasta dejar despachadas todas las cartas.) Él tiene cien veces más inteligencia, lo sé; pero yo tendré mil veces más voluntad, por mucha que él tuviera, y no bajo nada. Y... veremos si le hago á usted cambiar de ideas en cuanto á la buena intención.

Evar. Será respecto á tí únicamente. No tienes por qué enardecerte tanto en mostrarnos agradecimiento. ¿No eres pariente de Antonia?

Ger. Sí, pero... ¡ahí es nada! Primero, darme un destino...

Evar. La ley dice que todos los ciudadanos serán admitidos á los cargos públicos; y, como todos no pueden estar empleados, aunque lo está la mayoría, hay que elegir. Pues ¿á cuáles, habiendo parientes y amigos?... ¿Á los extraños y á los enemigos?... ¡Eso no tiene que decirlo la ley!

Sra. de M. Está en lo cierto Evaristo. ¡Ah!, su manera de interpretar la Constitución es asombrosa.

Evar. Y en cuanto á no hacerme sentir la falta de Linares, más aún que leal tienes que ser sagaz; más que enardecido, ladino.. Busca en todo siete razones ocultas, y aun puede que yerres por no buscar la octava. ¡Un secretario particular que sabe serlo es otro *yo*, de tanto valor como uno mismo! (A la señora.) ¿Qué coche te parece que saquemos?

Sra. de M. El cerrado; y hoy te secuestro.

Evar. Pero, mujer, la sesión...

Sra. de M. ¡Qué sesión! ¿Estás loco?.. Y, luego, á la salida...

Evar. Es que la Patria...

Sra. de M. Pues, por la Patria precisamente, que exige que estés sano... ¿No voy á dejar yo por patriotismo, para acompañarte, la junta benéfica? (Montánchez ha tocado un timbre y se ha presentado Rafael.)

Evar. Así es que... ¿el cerrado?

Sra. de M. (Á Rafael.) Sí, sí; el coche cerrado. (Mutis Rafael.)

Ger. (Viendo que la Señora se coge del brazo de Montánchez.) A sus órdenes, doña Antonia; á sus órdenes, don Evaristo.

Evar. Pero, ¿salimos ya?

Sra. de M. Sí; mientras enganchan, pasaremos á saludar á la Condesa, y hacerle saber que tú has dado mil pesetas para la obra pía de la «Protección á las casadas con marido ausente», para ver si el Conde se avergüenza, y le extraemos otras mil.

Evar. Pero, mujer, las que yo he puesto han sido de los gastos secretos del Gobierno.

Sra. de M. Y, ¿se lo vamos á decir? ¡Vaya un secreto! Luego decís que las mujeres no sabemos guardar uno... (Mutis ambos izquierda.)

ESCENA VII

GERARDO, GASPAR. Al final, JOSÉ.

Ger. ¡Qué buenos son, qué buenos! Dirán que á ministro no se llega sino por caminos tortuosos; pues, éste yo aseguro...

Gas. (Que ha ultimado la tarea de abrir, leer y apilar convenientemente las cartas.) Ya está.

Ger. (Volviendo á la mesa.) ¿Cómo que ya está?

Gas. Que ya no tiene usted que hacer por hoy absolutamente nada, salvo lo imprevisto...

Ger. Pero, ¿y aquella montaña?

Gas. Toda de arena. Cosa poca, trabajo de escribientes. (Observando en Gerardo deseos de enterarse de las cartas.) No tienen importancia; y muchas son de asuntos atrasados, de que usted no tiene conocimiento. Pero, si quiere usted leerlas...

Ger. Les pasaré la vista. (Gaspar se las entrega.)

Gas. (Mientras Gerardo procura leer las cartas.) ¡Bien se conoce que es usted nuevo! Un destino nuevo es como cuando llega uno de primeras á una población; vuelta á verlo todo y á escudriñarlo todo, como si á diario fuera á visitar todas las cosas y á pasear por todas partes, y luego se apoltrona uno, y no va sino de su casa á la oficina y, si acaso, al cine... (Entresacando una.) Esta es la única que puede dar que cavilar un poquitín.

Ger. (Después de medio leerla.) Es de un literato que ha publicado un libro, y quiere que se le recomiende al arzobispo ¡para que lo excomulgue, y vender más ejemplares!...

Gas. ¡Muy difícil, muy difícil! Todos piden lo mismo, y en el Arzobispado se arman un lío... ¡Se ven ahogados de recomendaciones!

Ger. Entonces, ¿el último libro que excomulgaron, «Al hilo de las tablas»...?

Gas. ¡Ah!, es que el autor era pariente de Su Ilustrísima...

José (Saliendo izquierda. Á Gerardo.) Su mamá de usted, ahí está su mamá de usted.

Ger. ¿Mi madre?

José Sí, pobre señora, viene como asustada... Me permito rogar al señor que salga á recibirla él mismo.

Gas. Es lo más justo. (Recogiendo las cartas.) Yo, mientras, haré los proyectos de contestación, por si usted los aprueba; y, si no manda otra cosa, voy con los muchachos á darle á la máquina. (Gaspar mutis foro. José mutis izquierda; igualmente Gerardo, volviendo á aparecer éste en seguida con doña María.)

ESCENA VIII

DOÑA MARÍA y GERARDO

Ger. Pero, mamá, ¿cómo has venido, el primer día?...

María He estado esperando á que salieran, no me han visto.

Ger. Siéntate.

María — Ya ves que no he traído al pequeño, que se ha quedado con unas ganas de venir... ¡Qué mesa tienes! ¿Es de ministro?

Ger. — No, ya no se usan.

María — ¿Ni el señor Ministro tampoco?

Ger. — Menos, la del señor ministro es más ligerita aún, coquetona. La pesadez ha pasado de moda, no se usa ya sino en los expedientes.

María — Y ¡qué poltrona tienes! Pareces un magistrado. Siéntate en ella, que te quiero ver.

Ger. — Pero, mamá...

María — Anda, dame ese gusto.

Ger. — (Obedeciendo.) ¡Vaya!, ¿estoy solemne? ¡No habrás traído máquina para retratarme!...

María — ¡Ya te quedas retratado aquí! ¡Qué feliz que he llegado á verte en esta posición! Y ¡lo que te espera, al lado de quien te ves! ¡No!, y... te has presentado como es debido, ¡eso sí! ¿No te han dicho nada del traje? ¡Hay que ver lo que ha costado! Pero, no se nota que es á plazos.

Ger. — Está decoroso. No he notado ni la más leve sonrisa, ni miraditas zumbonas de soslayo...

María — ¡Si vieras con qué rabieta se ha quedado Antoñín! ¡Criatura!... «Yo quiero ver á paj á Gerardo. Yo quiero ir á verle, que le han hecho segundo ministro...» ¡Cómo me acompaña! Me llego á figurar que de veras es hijo tuyo, mi nieto...

Ger. — Y sin el fastidio de la nuera, que es lo bonito...

María — ¡Qué orgullosa estoy, porque no has querido casarte! Siempre se lo digo á las del segundo, para que vean la diferencia:—Pues, mi hijo no se ha querido casar; prefiere á todo los cuidados de su madre.

Ger. — Y es verdad, mamá; pero eso es egoísmo...

María — ¡Sí, egoísmo!... Que eres un santo. El que es buen hijo, es bueno de todo.

Ger. — ¿Y se ha quedado llorando el pequeño? Casi siento que no le hayas traído. Porque, últimamente, para haber esperado á que ellos salieran... Y que son tan buenos que...

María — ¡Muy buenos, muy buenos! Y, además, ese niño se hace querer de todo el mundo.

Ger. — Ya me han hablado de él.

María ¿Sí?
Ger. El mejor día te hacen que lo traigas.
María ¡Ay!, habrá que comprarle un vestido nuevo.
Ger. Les he contado la historia de ese pequeñín que una mano oculta llevó á nuestra casa, estando...
María Ya la conocen.
Ger. Sí, pero los detalles les han enternecido mucho.
María Sobre todo, la señora se emocionaría...
Ger. Y él lo mismo; los dos igual. Si él es tan bueno como una mujer; y no digo mejor, porque estando tú delante no considero que pueda haber en el mundo nada más bueno que una mujer.
María No seas zalamero... Y ya te he visto en tu sillón..., me voy. Ten cuidado, hijo mío, con lo que te tengo encargado...
Ger. Mamá...
María Comprendo que te mortifico, que los viejos nos ponemos muy pesados, ¡perdóname!; pero es que me acometen unos temores, viéndote hecho un personaje...
Ger. Son injustificados.
María Es que tú eres muy bueno, demasiado bueno; y á veces puedes pecar por eso mismo. Acuérdate de cuando le descubriste á Montijano que su mujer le engañaba con el conde; que, por el zafarrancho que se armó, se retiró el conde, que era por lo visto el encargado de..., y los arruinaste á todos, y Montijano quiso matarte y no nos saludan...
Ger. ¡Ni hace falta! Pero, mamá, ¿qué tiene que ver aquello con esto? ¿Qué relación puede existir entre que haya un hombre depravado, y que me nombren secretario particular de don Evaristo, precisamente como sujeto fiel, leal y de confianza?
María No, ninguna... Si es que...
Ger. ¡Traer á colación la actitud que tomó aquel indecente, cuando ahora me hallo rodeado de gentes de honor!
María ¡Honorabilísimas!
Ger. Intachables y de gran posición... ¡Vamos!, mamá, comprende que desbarras.
María Dispénsame; chocheces...

Ger. ¿Te vas tranquila?

María Tranquila.

Ger. ¿Y convencida?

María Convencida. (Iniciando mutis izquierda. Suena el timbre del teléfono.)

Ger. Perdona; es el teléfono.

María ¡Hay que ver qué comodidad! ¡En la misma mesa!

(Las rayas puestas en esta forma—hasta el fin del acto, indicarán que, entre la palabra antecedente y la subsiguiente, Gerardo escucha lo que le comunican por el teléfono.)

Ger. (Al teléfono.) ¿Quién?—Sí.

María Pero, ¡qué hijo!...

Ger. (Al teléfono.) Sí.—No, su secretario particular; pero, es lo mismo.

María ¡Es lo mismo que el señor ministro!...

Ger. (Al teléfono.) ¿Qué? ¿Que no es lo mismo?... ¡Claro, sí!...—¡Ah! ¡A las órdenes de vuecencia!—No, no está —Ha salido sin rumbo fijo.—En coche cerrado.—Con la señora.—No sé todavía sus costumbres, señor presidente.—¡Qué conflicto!—Despacharé á todos los criados sin rumbo fijo.—Como el día está tan hermoso...

María ¿Qué pasa?

Ger. ¡Calla! (Al teléfono.)—No me ha dejado instrucciones, señor presidente.—Sí; yo no me muevo del aparato. —A las órdenes de vuecencia. (Deja el teléfono.) ¡Oh, qué conflicto, qué conflicto!... Y ¡no se me ocurre nada! ¿Qué dirá de mí la historia?

María Pero, ¿qué es?...

Ger. ¡Mamá, madre! Quizás un ángel bueno te ha guiado aquí... ¡No sé qué hacer, madre! Pero que vengan los criados, los escribientes, ¡todos! (Toca los timbres.) ¡Gaspar! ¡Pepe!

María ¡Hijo mío, hijo mío!

ESCENA IX

DICHOS. La DONCELLA, GASPAR, JOSÉ, RAFAEL y un CRIADO que no habla. Salen por diferentes puertas.

Ger. ¿Dónde suele ir el señor cuando está acatarrado?

Donc. Suele irse á la cama. ¡Se cuida mucho el señor!

Ger. Pero, ¿cuando va con la señora?...

Raf. Pues...

Ger. ¿Cuando saca el coche cerrado?...

Gas. Por lo general, sacan el coche cerrado los días que temen manifestación.

Ger. Pero hoy, hoy... ¿Dónde habrá ido?

José Hoy no sabemos...

Ger. ¡Hay que buscarle! La patria en peligro, la situación tambaleándose, la cartera del señor en el aire. . ¡El presidente ha conferenciado conmigo!

María (¡Pobre hijo! ¡Se me va á poner malo!)

Ger. (Á los criados.) Buscarle, buscarle, amigos míos; y llevarle al Congreso sin perder instante... Vete tú (Á Rafael.) sin rumbo fijo; tú, (Al Criado que no habla.) al Paseo de coches; usted, (Á la Doncella.) al Parque; y usted, José, por el centro..., esas juntas, los casinos, sitios que él frecuente...

José Yo, la verdad... ¡Cuando el señor no ha dejado dicho dónde iba!...

Ger. ¡Cómo podía él presumir esta repentina, esta tremenda complicación! ¡Vaya usted á escape! Tomar un coche cada uno, hasta el primer automóvil de alquiler ó de cualquier conocido, y ¡al Congreso con él, al vuelo! (Mutis apresuradamente los criados, todos por la izquierda.)

ESCENA X

DOÑA MARÍA, GERARDO y GASPAR. Cuando se indique, PAREDES.

María (Por Gaspar, á Gerardo.) ¡A ver á este señor si se le ocurre!...

Ger. Sí, es verdad; Gaspar, amigo Gaspar, usted que tiene práctica... ¿Qué haré? El presidente del Consejo lo reclama..., pero ¡al minuto! Un momento más, y el Gobierno derribado.

Gas. Pues ¡sí que es una complicación!... ¡Los pucheros viudos en mi casa! (Suena otra vez el timbre del teléfono.)

Ger. (Al teléfono.) Señor presidente...—Otra vez el

secretario particular.—No señor, no ha parecido.—He despachado emisarios en todas direcciones.—¿Que le mande á vuecencia el expediente?—¿Con las notas?—Pero, ¡si yo no sé dónde está!—Sí, sí; mande vuecencia al señor Linares, y que él lo haga...—¡Ah!, ¿le han pasado un recado y se ha retirado apresuradamente de la Cámara? ¡Maldita sea! ¡Perdone vuecencia!—¡Sí, sí! Al que ha mandado usted en el automóvil es á su secretario particular, al señor Paredes... Ya le conozco, ya. (Deja el teléfono.) ¡Mamá, mamá!...

María Hijo mío, no te pongas así... ¿Qué le vas á hacer?... ¡Primero eres tú!

Ger. ¿Qué harías tú?... En casos como éste es cuando hay que demostrar... Ya él lo ha dicho: ¡Un secretario particular, que sabe serlo!... ¡Ah!, no caerá. . ¡No echará de menos á Linares! ¡Yo le salvaré!; pero, ¿y cómo?... ¿Á usted, Gaspar, qué se le ocurre?

Gas. Pensar en mis hijos.

María ¡Por qué no seré más lista, para discurrir yo algo!

Ger. (Suena el timbre de la puerta.) ¡El secretario particular del presidente!... Abra usted. (Va Gaspar corriendo á abrir.) ¡Qué debut, qué debut! (Paredes entra izquierda, acompañado de Gaspar. Dirígese determinado á la mesa en que está guardado el expediente.)

Par. ¡Ahí está!

Ger. ¿Qué?

María ¡Ay!, este señor parece que lo va á arreglar todo.

Par. Los justificantes. El expediente con las notas, las cuentas y los compromisos. Ahí; yo mismo los puse, con Linares, anteanoche; yo, con don Evaristo y el presidente.

Ger. (Tirando del cajón.) ¡Cerrado!

Par. Pues, ahí, ahí... ¡La salvación del Gabinete, de su jefe de usted; quizás del régimen, quizás de la Nación!...

Ger. ¡Mamá, madre!...

María ¡Ay, hijo! ¡Por Dios!... (Rompe á llorar.)

Ger. ¡No, no llores, que me descompongo más!

Par. No hay que vacilar, resuélvase. Si acaba de hablar Fernández Pérez, y estos papeles no

están en la Cámara, esta noche no será ministro don Evaristo...

Ger. (Á Gaspar y doña María.) ¿Qué dicen ustedes? (Silencio.) ¡Nada! ¡Este silencio me desgarra los oídos!

Par. Y nada deben decir. Usted es el secretario particular; usted es el único que puede, sin ser criminal, forzar ese cajón: ¡Tiene usted en su mano el porvenir de la Patria!

Ger. (Á doña María.) ¿Crees que sería un criminal?...

María ¡No! ¡Qué habías de ser!

Ger. ¡Pues bien, sea! (Fuerza el cajón.)

Par. (Arrebatando los documentos.) ¡Estos son! ¡Gracias, amigo! (Al mutis, corriendo.) ¡Los conseguí! ¡Le salvé! (Mutis izquierda.)

Ger. (Al teléfono.) Con el Congreso, en seguida. (Á doña María.) ¿Qué, qué opinas, madre?

María ¡Que has hecho algo grandioso, hijo mío! Tu acto me ha conmovido... ¡Nunca con tanta gloria se forzó una cerradura! (Suena el timbre del teléfono.)

Ger. (Al teléfono.) ¿El señor presidente?...—Aquí sigo...

ESCENA XI

DOÑA MARÍA, GERARDO, GASPAR, retirado á segundo término, y JOSÉ. Al final, SEÑORA DE MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ.

José (Saliendo jadeante, izquierda.) Encontré al señor; y, ahí viene ya. ¡Con una cara de vinagre!...

Ger. ¡Ah!, pero cuando sepa que yo lo he arreglado...

María ¡Cuando sepa lo que ha hecho, ya verá usted qué cara pone!

José ¡Qué sé yo, qué sé yo!... (Mutis foro.)

Ger. Voy viendo claro, estoy satisfecho de mí mismo. (Todo lo anterior, sin desprenderse del aparato telefónico. Al teléfono.) ¡Qué alegría! (Á doña María.) ¡Madre, llega á tiempo!

María Hijo, ¡qué cosas más grandes haces!

Ger. (Al teléfono.) Gracias, gracias, señor presidente...—Sí, yo...—¡Gracias!—¡Oh, muy favorecido, señor presidente! ¡Muy favoreci-

do! ..— ¡Oh, sí! ¡En cuanto él lo sepa!... ¡Un abrazo muy fuerte!... ¡No lo dudo! ¡Lo que he hecho no es para menos!...—¡Sí, sí!...— Por mí el gabinete en pie...—Deshecha la proposición Fernández Pérez... (Aparecen izquierda señora Montánchez y Montánchez.) Salvado el Gobierno... —¡Gracias, gracias! (Echándose en los brazos de don Evaristo.) ¿Lo ha oído usted? ¡Cuánto me alegro! ¡Descerrajé su cajón, pero he salvado al Gabinete!... ¿Era esto lo que usted quería? ¡Dígame usted! ¿Echa usted de menos á Linares? (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El mismo despacho.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ.

Señora Montánchez está en escena. Montánchez entra izquierda.

Evar. ¡Horroroso, horroroso, Antonia mía, zozobramos! Veo cómo se adelanta la oleada que nos anegará...

Sra. de M. ¡Calma, calma!

Evar. La calumnia, la vil calumnia pretende cebarse en nosotros.

Sra. de M. Así es que, efectivamente, se prepara. .

Evar. ¡Un estallido! Campaña de prensa... ¡En fin!, que todo el mundo sabrá, dará por cierto, que he tratado de jugar con el dinero de la Patria, de ser un malversador, un ladrón de caudales públicos.

Sra. de M. No uses palabras groseras.

Evar. Será la más atildada de las que me adjudiquen. ¡Te luciste con el tal pariente!

Sra. de M. Evaristo, no te pongas rabanero. ¿Cabía en la previsión humana, que hiciese lo que hace? Era fiel, era de confianza absoluta; no era muy perspicaz... Tú lo has dicho mil veces, que en política los demasiado sagaces son auxiliares peligros, porque trabajan para ellos. Este no puede negarse que trabaja para tí; para hundirte, pero para tí.

Evar. Y me hundirá, si el remedio no es inmediato, radical, heroico... ¡No siento ya firme el terreno que piso, cada agarradero que alcanzo me lo lima por la base!

Sra. de M. Pero, ¡hombre!, si ya se va, si hoy le echas...

Evar. Aunque se vaya; ya dejó el mal sembrado.

Sra. de M. ¡Vaya! Nervioso, lamentándote... ¡Á ver quién es aquí el hombre! Es necesario que te batas pronto, y nada de eso ocurrirá. Si te bates y hieres, ¡tenlo por seguro! nadie se atreverá á afirmar que has intentado malversaciones.

Evar. En ello estamos; y ya he encargado á Linares que me busque un adversario que se avenga á ser herido en duelo, previa la injuria que se le indique.. Pero ¿crees que es tan fácil cazar ese mirlo blanco?

Sra. de M. ¡No ha de ser!

Evar. Sí... Y un hombre que, además, sea de los que infunden miedo, para que mi acción tenga el debido alcance... ¡Bah!, no se arregla todo esto tan sencillamente.

Sra. de M. ¡Así que no hay pocos muchachos que tienen ansia de ser algo, y andan revoloteando por ahí, sin llegar ni á concejales; y que agallas no les faltan.

Evar. Pues, si lo hay, decidido y á propósito, Linares me lo traerá, no tengas duda.

Sra. de M. Pues, ¡claro! hombre... Un necesitado de los que entran en la política á fuerza de puños, y que se juegan el todo por el nada, porque nada tienen. Uno de esos consiente en calumniarte y que le desafíes, y se deja herir; y ése servirá de pararrayos para los que estén cavilando en sentirse centellas.

Evar. Pero lo que me desconcierta es la premura; el escándalo no aguarda. ¡Ay, ay, ay, qué Gerardo! ¡Es agobiador el tal pariente!

Sra. de M. ¡Letal! ¿Quién lo pondría en nuestro camino?

Evar. ¡Me parecería, si no viese claro que es un necio rotundo, un gran pillo pagado para perderme! ¡No hay duda, el asesinato es una institución necesaria!

ESCENA II

DICHOS y GERARDO. Sale Gerardo izquierda.

Evar. ¡Oh, queridísimo Gerardo!
Sra. de M. ¡Querido pariente!
Ger. ¡Oh, no; tantas bondades!... Una voz interna me dice que no las merezco.
Evar. (¡Sabia voz!)
Sra. de M. ¡No has de merecer!... Y nos salvaste de la caída política; y, de lo que es más, de la moral.
Evar. ¡Y me hiciste, sin yo saberlo, patentizar mi fidelidad al Presidente!
Ger. Eso fué lo que comprendí que le iba á agradar á usted más.
Evar. Y me agradó... ¡no sabes! Y dices que no mereces que te alabemos...
Ger. Pero ustedes... ¡alabarme á mí! Se me ha ocurrido una frase, que me da vergüenza decirla, porque como yo no soy orador...
Sra. de M. Dila.
Evar. Dila, sí, hombre.
Ger. Al Dios que está en el altar, ¿se le ocurre alabar al creyente que, arrodillado ante él, ha realizado, por su amor, una buena obra?
Evar. ¡Muy justa!
Sra. de M. ¡Muy poética!
Evar. Anda, vete al despacho.
Ger. Lo que usted me mande.
Evar. ¿No tienes que perfilar tu manifiesto?
Ger. Si con eso le sirvo á usted...
Evar. Sí, me sirves.
Ger. Yo no tengo que perfilar nada, que ejecutar nada; yo sólo soy la máquina que gira obediente bajo la mano de usted. (Medio mutis foro.)
Evar. ¡Ah! ¿Tienes ya tomado el billete?
Ger. Sí, señor; y el automóvil avisado. Pronto estará aquí; y en él las maletas, aquí la gorra de viaje...
Sra. de M. ¿Y el poder?
Ger. En este bolsillo de dentro del chaleco.
Sra. de M. ¿Sabes que el tren sale á las cinco y veinte?

Ger. A las cinco y veintidós.

Evar. Bueno. Nada más quería asegurarme de que no perderás el tren.

Ger. ¡Tratándose de servirles á ustedes, perder yo el tren!... ¡Oh, eso en otros labios sería una ofensa!

Sra. de M. Es que nos va mucho en que no pierdas el tren, para que mañana mismo te persones en el Juzgado de Puebla de Formentol, que se trata de una cantidad nada despreciable, en foros, todos mis bienes parafernales.

Ger. Antonia, por Dios, no siga usted... ¡Cada palabra de excitación á mi celo, me suena como un palmetazo sobre mi fidelidad! (Mutis foro.)

ESCENA III

SEÑORA DE MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ

Evar. ¡Pero este estúpido, de ir al Congreso, se ha idiotizado más! ¡Qué humos retóricos!...

Sra. de M. Pero, le hablas con dureza. Te olvidas de que tenemos que seguir mostrando el entusiasmo más loco por nuestro leal pariente.

Evar. Me aniquila esta farsa angustiosa.

Sra. de M. Pues, ¡mira á mí! .. Tú, siquiera, estás acostumbrado en el Congreso... Vamos á concretar; hoy sale...

Evar. Á las cinco y veintidós.

Sra. de M. Para hoy mismo tengo citada á su madre.

Evar. Muy bien, muy bien.

Sra. de M. Así es que, como eso lo dejo yo con la madre zanjado en dos ó tres sesiones.., porque hasta iré á su casa.

Evar. Sí, haz favor... ¡Todo lo que haya que hacer!

Sra. de M. Pues, cuando él vuelva, se habrá solventado, y se marchará, con su madre, de Madrid. Así es que ¡como si no hubiera vuelto de Puebla de Formentol!

Evar. ¡Ay, sí! ¡Que el tren de las cinco y veintidós nos lo lleve para siempre!... Pero, ¿y si en el Juzgado nos lo despachan en seguida?...

Sra. de M. Pero, ¿no has escrito al juez, diciendo que lo retrase?

Evar. No.

Sra. de M. Pero, ¿en qué estás pensando? ¿No comprendes que en cuanto vea un asunto tuyo, lo va á despachar á escape?

Evar. Sí, sí; pero ¿tú sabes cómo tengo yo la cabeza estos días, con este salvador tan perjudicial encima?

Sra. de M. Has de escribirle inmediatamente, advirtiéndole que tienes mucho interés en que no despache pronto el asunto en cuyo pronto despacho tienes tanto interés.

Evar. Sí, sí, en seguida. Porque, precisamente, el juez es Sánchez.

Sra. de M. Claro que precisamente... ¡Como que tú lo exigiste!

(Entra Linares izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, LINARES. Después, PAREDES.

Evar. (Á Linares.) ¿Qué, has hecho algo?

Lin. ¡Arreglado todo!

Sra. de M. ¿Ha encontrado usted un hombre?...

Lin. ¡Pintiparado!

Sra. de M. (Á Montánchez.) ¿Lo ves?...

Lin. Un político que empieza, un futuro prohombre...

Evar. ¿Pero, duelista?...

Lin. Formidable, tiene amedrentada á la gente.

Evar. ¿Y se deja?...

Lin. Baratito.

Evar. ¡Á ver si resulta que luego... pincha!

Lin. Respondo de él, es todo un caballero. Además, consiente en cobrar vencido. Ahora lo que precisa es proveerse de padrinos. Yo he avisado á Garcés, al pasar; usted avise á Pombo.

Evar. (Apresurándose á escribir.) Sí, dos letras...

(Durante lo que sigue, Montánchez escribe una tarjeta ó carta, entregándola á Rafael, que sale con este solo objeto. Después escribirá la carta al juez, guardándola en el bolsillo.)

Lin. Y antes que nada urge extirparse ese tumor

de Gerardo, que podía malograrlo todo. (Escuchando el timbre de la calle.) Paredes, que viene de sombra mía... ¡Nada, que no me deja darle solo á Gerardo los bombos que usted me encargó!

Par. (Por la izquierda.) ¡Oh, querido don Evaristo!... ¿Creerá usted que no puedo verle sin emoción? Desde el día aquél que nos salvó usted á todos, por medio de su debutante secretario, no puedo dejar de conmoverme cada vez que estrecho su mano.

Evar. Es que usted, amigo mío, es todavía un sentimental...

Par. Lo reconozco; soy un señor cuya existencia, en pleno siglo veinte, no se justifica. ¡Ah!, perdón, señora... (Saluda á la señora.)

Evar. (Alto, á Linares, para que lo oiga Paredes.) Á Gerardo ahí lo tienes, limando su manifiesto...

Par. ¡Ah!, ¿cómo?... ¿He tenido la fortuna de llegar á tiempo de leer?... Porque, usted me permitirá... (Mostrando deseo de ir foro.)

Evar. Sí, sí; ¿cómo no? Y hasta debe usted aconsejarle algo...

Par. Aconsejarle á un hombre así... ¡No hace falta! (Mutis.)

Lin. Pues, ¡nada!, que no me deja... ¡Le atiza cada elogio, que me achica!

Sra. de M. ¡Claro! Y lo están envaneciendo más y más, para que tome más alientos, y te haga cada vez mayores disparates.

Evar. ¡Ah!, si en vez de deshacerme de él sencillamente, lograra yo colocárselo al Presidente, que le hiciera los disparates á él.

Sra. de M. Puede volver á intentarse, pero ya verás como tendremos que limitarnos á hacerle desaparecer.

Par. (Saliendo foro.) ¡Oh, asombroso, aniquilador el tal manifiesto! He leído sólo dos párrafos, pero...

Lin. ¿Es ciceroniano?

Par. ¡Demostenesco!

Lin. ¡Ah, pues voy á oirlo! (Mutis foro.)

Par. Ese hombre posee un talento sólo comparable á su tacto y á su entusiasmo. ¡Es exquisito!

Evar. ¡No sabe nuestro eximio jefe lo que se ha

perdido al no tenerle por compañero de diputación!

Par. ¡Oh, sí lo sabe, sí! ¡No lo ha de saber!...

Evar. Tanto como le insistí al Presidente. . Déle usted el tercer puesto de su circunscripción á Gerardo; llévele usted de su brazo, haga usted con él estas Cortes...

Par. ¡Oh, cuánto agradeció esas palabras el Presidente!

Evar. ¡Cómo hubiera andado la política de la circunscripción!

Par. ¡Cómo hubiera andado!...

Sra. de M. Creo, Evaristo, que eres culpable del más negro egoísmo reservando para tí á este hombre excepcional, que podría coadyuvar de manera tan valiosa al nervio de la política central, á las órdenes inmediatas del Presidente.

Evar. Sí, sí; lo cometo. Es un egoísmo muy negro. Hágalo usted saber al Presidente; yo no debo, no puedo reservar para mí á este hombre singular. El partido, la nación me exigirían estrecha cuenta de una conducta tan vil, tan personal... ¡Oh, no, no!

Sra. de M. Ni un día más debes conservarlo.

Evar. ¡Ni un día más!

Par. ¡Oh, qué rasgo más hermoso! Permítame usted que estreche esa mano, pronta al sacrificio.

Evar. Así es que usted lo comprende...; ¡y el Presidente aceptará!

Par. ¡No, quiá! en modo alguno. ¡No, no! Yo le contaré al Presidente el rasgo desinteresadísimo de ustedes, y quedará altamente reconocido, obligadísimo, casi humillado. Pero, no aceptará... ¡No, no! Y son para usted dos ventajas inmensas: conservar consigo, para su mayor provecho y prestigio, á ese hombre portentoso; y dejar al Presidente enterado de cuáles eran sus intenciones, de lo que con él quería usted hacer.

ESCENA V

DICHOS y GERARDO. Gerardo sale foro, acompañado de LINARES.

Lin. Con un manifiesto así, diputado indiscutible.

Evar. Sí, la elección es segura. En aquel distrito no le conoce nadie, así es que no tiene ni un solo enemigo.

Ger. Yo acepto esa candidatura, sólo porque usted me lo ha ordenado.

Par. Ahora comprenderá usted que se opusiera el Presidente á presentarle á usted diputado por el tercer puesto de su circunscripción. ¡Usted, diputado por un tercer puesto!... ¡Tendria que ver!

Lin. Usted necesita un primer puesto.

Sra. de M. Más; un puesto único, un distrito, como ahora.

Ger. ¡Por Dios!, terminen los ditirambos. Yo no soy nada, yo no soy más que el perro fiel de don Evaristo Montánchez.

Evar. (¡Ah, perro!)

Ger. Y el único talento lo tengo en la nariz, para saber olfatear lo que al servicio de mi amo conviene y corresponde; que ahora es tomar el tren... Por lo cual, me voy á escape á la estación.

Evar. (¡Gracias á Dios que ha tenido olfato!) Muy bien discurrido.

Sra. de M. ¡Cómo razona!

Par. ¡Ah, un viaje, así, de repente! ..

Sra. de M. Una necesidad perentoria...

Par. ¡Claro! ¡Qué fastidio que necesite emprender este ineludible viaje! Estará usted desolado, ¿eh? (Por Montánchez.)

Evar. ¡Calle usted, amargadísimo!

Par. Yo le acompaño á usted. (Por Gerardo.) ¡Ni un minuto me quiero ver privado!...

Evar. (Bajo á Linares.) Acompáñale tú también.

Lin. (Idem á Montánchez.) ¡Naturalmente!

Ger. ¿Merezco un abrazo?

Evar. (¡Ay, si pudiera echarle al cuello... las manos nada más!) (Abrázanse Montánchez y Gerardo. Por la izquierda mutis todos, menos el matrimonio.)

ESCENA VI

SEÑORA DE MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ. RAFAEL, al final.

Evar. ¡Ah!
Sra. de M. ¡Ah!
Evar. ¡Se ha ido, se ha ido! Nos hemos librado de él quizás para siempre...
Sra. de M. ¡Para siempre!
Evar. ¡Ay! (Volviéndose aterrorizado.)
Sra. de M. ¿Qué te pasa?
Evar. Que me pareció que le sentía entrar. (Un breve silencio.) ¡Casi le perdono por el placer de este momento! Casi agrada cuando ya ha pasado...
Sra. de M. Que te agrada...
Evar. Acordarme de él. Como las enfermedades, cuando uno se ve libre...
Sra. de M. Y el caso es que con tanta mojiganga de adulación que le gastamos todos, se está cimentando un prestigio de sabio y de prudente que está perjudicando la memoria de Ulises. La otra tarde en el té de las de Garcés se buscaba su conversación, y hasta las muchachas disponibles empezaban á examinarle; los periódicos ya le tienen reservado un par de epítetos. En fin, que por ahí se empieza.
Evar. No creas que es otro el origen de muchos grandes prestigios. ¡En medio de todo!... No, si... si no lo hiciera á costa mía, sería muy divertido. Y el caso es que si ese muchacho se limitara á ser un sentimental sin graduación, estaría perfectamente; porque, por ejemplo, en recoger á ese niño, al Antoñín...
Sra. de M. ¡Ah, es un niño muy mono!
Evar. ¿No es verdad?
Sra. de M. ¡Encantador! Me da gusto y envidia verle.
Evar. Oye: pues ese chiquitín encantador, ¡si te dijera...!
Raf. (Izquierda, anunciando.) Don Joaquín Pombo.
Sra. de M. ¿Qué?

Evar. Nada; no tiene trascendencia. (Á Rafael.) Que pase. (Mutis Rafael.) Vamos á proseguir nuestra batalla.

(Montánchez acompaña á la señora hasta la puerta derecha, tras de la cual ella quedará observando la siguiente escena.)

ESCENA VII

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ y POMBO.

Evar. ¡Oh, mi amigo! Siempre tan galante; seguro estaba de que no desatendería mi ruego.

Pombo Ya lo ve usted. Y eso que no quería volver á verle á usted en mi vida.

Evar. ¡Hombre, don Joaquín!

Pombo ¿Por qué le vería pasar á usted en coche cerrado? Y yo luego me golpeaba y me decía: —¿Habré visto mal, sería el coche abierto?

Evar. ¡Vamos, vamos, no se revuelque usted en su dolor!

Pombo Y ahora, ¿no lo sabe usted? El escándalo nos amaga á todos. ¡A usted, el primero!

Evar. Lo sé, y para eso le he llamado.

Pombo Y á mí me revuelve la sangre que haya escándalo, cuando no ha habido nada... Es decir, ¡ojalá no hubiera habido nada! Mire usted la liquidación... (Sacando los documentos del bolsillo, y mostrándoselos.) Y que todavía... ¡Vamos, hombre! Yo, don Evaristo, cuando un asunto ha salido bien, el escándalo... ¡pts! hasta me hace gracia... Sí, porque cada vez que me llega al oído, me recuerda el bonito negocio, y no hay más remedio que frotarse las manos, y ¡qué demonio! se entra en calor; y el ruido... pues..., es un ruido. Pero, ¡caramba! (Exhibiendo nuevamente la liquidación.) ¡Hay que ver!

Evar. ¿Quiere usted que se evite todo eso?

Pombo Sí.

Evar. Pues estése dentro de media hora en el Congreso.

Pombo Estaré.

Evar. Y quedaremos todos tan sin mancha como nuestra honorabilidad reclama; y juntos en-

contraremos, de seguro, nuevas ocasiones en que servir á la patria.

Pombo Me llena usted de regocijo.

Evar. Vaya usted al Congreso; allí estará Garcés, y nos veremos todos.

Pombo ¿Garcés? Si me han dicho que se había enemistado con usted hasta el punto de no quererle hacer la oposición...

Evar. ¡Calumnias! No haga usted caso.

Pombo Pues hasta ahora. (Mutis izquierda, encontrándose con Linares, á quien saluda. En cuanto desaparece Pombo, la Señora de Montánchez sale de su escondite.)

ESCENA VIII

SEÑORA DE MONTÁNCHEZ, DON EVARISTO MONTÁNCHEZ y LINARES.

Evar. ¡Bien!, has tardado poco.

Lin. Y eso que he tenido que ir á la estación.

Evar. ¿A la estación has ido?

Lin. ¡Ese Cirineo de Paredes no ha perdonado paso!

Sra. de M. ¡Ah!, ¿y ha dejado usted á Gerardo en el vagón?

Lin. Con todas sus maletas.

Sra. de M. ¿Y partió el tren?

Lin. Pitándole, como si conociese sus torpezas.

Evar. ¿Con él dentro?

Lin. ¡Todo él!

Sra. de M. ¡Oh, qué alegría!

Evar. ¡Somos felices!

Lin. ¿Pombo va ya al Congreso?

Evar. Sí.

Lin. ¡Magnífico! Esta misma tarde será la cosa. El difamador, abusando de la confianza del director de un periódico, ha logrado deslizar un artículo injurioso que firma y que á estas horas ya está publicado. Hoy puede usted desafiarle, y el duelo mañana.

Evar. ¡Caramba; pero el director de ese periódico...!

Lin. Encima tendrá que darle á usted explicaciones. ¿No lo comprende usted?

Evar. ¡Linares, eres el portento mayor que produ-

jeron los siglos! Cuéntame, cuéntame... ¿Quién es el calumniador?

Lin. Julio Armendáriz.

Evar. Me suena.

Sra. de M. Así como de hablar en mitins...

Lin. ¡Mucho, mucho! Empieza ahora su carrera política, que ya va siendo muy brillante; ¡en sólo año y medio ha pertenecido á tres partidos!

Evar. ¡Ah, ah!

Lin. Sigue una línea recta perfectísima de izquierda á derecha.

Sra. de M. Como debe ser.

Evar. ¿Y dónde insertará el artículo calumniador?

Lin. En *El Eco de la Clase Neutra.*

Evar. Pero, ¡oye!...

Lin. No hay cuidado; lo he escrito yo, ahora hace un rato, en el café. Me encerré en un cuarto reservado.

Sra. de M. ¿Y ya está publicado?

Lin. Sí, porque tardan muy poco en tirar los ocho ejemplares.

Evar. ¿Cómo... los ocho ejemplares?

Lin. Sí, ocho; tres para el Gobierno, tres para Gobernación, uno para la Trasatlántica para que vean que se ha insertado el anuncio, y otro, con el mismo fin, para la Tabacalera.

Sra. de M. Pero, ¿y los demás?

Lin. ¡Si no se tiran más! Así es que nadie leerá la ofensa, y todo el mundo se enterará de la fiera venganza que usted toma; lo contrario precisamente de un drama de Calderón.

Evar. ¡Eres mitológico, Linares! Haber logrado pescar esa perla...

Sra. de M. ¡Ocho ejemplares, y un hombre dispuesto!... ¡Oh!...

Evar. ¡Pensar en tí y en el otro! ¡Y aún habrá quien crea en la unidad de la especie humana!...

Lin. Ya le dije á usted que yo quería seguir siendo siempre secretario de usted.

Evar. ¡Eso no! ¿Hay derecho á sacrificar á un hombre como tú?

Lin. Y voy á hacer un artículo de protesta contra el que escribí antes en el café:—«¡Calumniador castigado!»

Evar. ¡Bonito título!

Sra. de M. Un poco para la galería, pero bonito.

Evar. Pero, enséñanos el artículo difamador; el otro.

Lin. No tengo aquí ejemplares; pero tendremos uno, hoy tirarán nueve. ¡Ah! Me ha rogado mucho que la herida se la haga usted en el antebrazo, porque en el brazo tiene una fuente, cerrada hace años, y se le puede abrir con el pinchazo.

Sra. de M. ¡No va á tener tan mala suerte!

Lin. Sí, porque es un muchacho de muy escasa fortuna. ¡Si vieran ustedes las cosas que me ha contado!...

Evar. (Á la señora.) ¡Habrá que aumentar la asignación!...

Sra. de M. Sí, con una historia tan interesante...

Evar. Y que, últimamente, es un hombre que se ha de ver delante de mí, con un arma en la mano...

Sra. de M. Y además, es la primera vez que te bates. ¡Aunque se gaste un poco más!...

Evar. ¿Y él?... ¿Cuántas veces se ha batido Armendáriz?

Lin. Ninguna; pero hace batirse á todo el mundo.

Evar. Le habrás advertido que, aunque estos acuerdos previos entre ambos contendientes pudieran parecer cosa extraña á algún espíritu superficial, es un proceder que no puede á ninguno desdorarnos...

Lin. ¿Desdorarle?... Él espera lo contrario.

Evar. No va uno á ir á una cosa tan seria como un lance de honor, á ciegas; el caso es ir.

Lin. Se compenetró perfectamente. Dijo: «La herida que abra el señor Montánchez en mi brazo...»

Evar. Antebrazo.

Lin. Antebrazo, es verdad... Veo que se acuerda usted... «Cerrará muchas bocas maldicientes.»

Sra. de M. ¡Idea clarísima del concepto público!

Lin. «Un hombre que se bate y hiere—añadió,—y para batirse deja una cartera, no es un ministro corriente á quien se pueda á mansalva mortificar.»

Evar. ¡Oh! Se ha dado cuenta prodigiosamente.

Raf. (Izquierda, anunciando.) La madre de don Gerardo.

Evar. Vamos, vamos al Congreso. Con ese hombre tan sagaz y, sobre todo, contigo (Por Linares.) nada me puede salir mal. (Á la señora.) Con ella te dejo; necesitamos tiento por igual. Como en buena estrategia, todos cooperamos al mismo fin. (Á Linares, que inicia el mutis por la izquierda.) No, saldremos por aquí.

(Mutis foro Linares y Montánchez. Rafael introduce izquierda á doña María, que viene con Antoñito.)

ESCENA IX

SEÑORA MONTÁNCHEZ, DOÑA MARÍA. Según se indique, ANTOÑITO y RAFAEL.

María ¡Ay, señora! ¿Cómo explicarle á usted el honor...? ¡Tener la atención de avisarme que venga hoy, y acordarse del niño y de que habían sido sus cumpleaños!... ¡Ah, señora; estoy conmovida!

Sra. de M. ¿Cómo, cómo es eso? ¿Qué es eso de «señora»? ¿Es que ya no se acuerda usted de mi nombre?

María ¡No me he de acordar!... Si en mi casa, á diario, lo repetimos como en oración... Apenas he despachado al viajero, aquí me tiene usted para que me mande.

Sra. de M. (Al Niño.) Pero, ven aquí tú, tocayo; porque yo soy tocaya tuya... ¿No lo sabías?

Ant. Usted es nuestra bienhechora, la divinidad que benévola mira por nosotros, y á la cual debemos rendir culto.

Sra. de M. Muy bien, muy bien. Pero, ¡qué gracioso!

María Sí, señora; se lo ha enseñado Gerardo. Se lo digo á usted porque he comprendido que usted lo ha notado.

Sra. de M. Bueno, pues la bienhechora, para que la rindas todavía más culto, te va á llevar ahora á un cuarto donde hay dulces, muchos dulces, y pasteles, muchos pasteles; que ya sé que el miércoles ha sido tu cumpleaños.

Ant. Sí, señora; y he tenido seis regalos.

Sra. de M. Pues, el sétimo se te retrasó; pero no hay

santo sin octava... ¡Ya verás, ya verás! (Llevándose al niño hacia el foro. Á doña María.) ¿Usted quiere tomar algo? (Toca timbre.)

María Nada, nada; muchas gracias.

Sra. de M. Mira: aquí hay otro niño muy guapo, del señor que guía el automóvil, y jugarás con él mientras meriendas. Te enseñará unos juguetes que tiene muy bonitos, unos muy pequeñitos muy pequeñitos, y otros muy grandes muy grandes... (Preséntase Rafael.) Llévele con el niño del chauffeur, hasta que venga el señor; y que merienden. (Mutis Rafael con Antoñito, foro.) ¿Así es que Gerardo la ha dejado á usted sola por unos días?...

María No, señora...

Sra. de M. Antonia; llámeme usted Antonia.

María Pues no, doña Antonia; me deja con el niño.

Sra. de M. ¡Por Dios, doña Antonia!...

María No, no, perdone usted, que en la categoría de ustedes no se usa el «doña».

Sra. de M. Antonia, Antonia sólo. ¡Ay! ¡Un hijo, un niño!... ¡Vivirá usted feliz!

María ¡Mucho, sí, señora; mucho!

Sra. de M. ¡Cuánto la envidio á usted!

María ¿A mí?... ¡Pobre vieja!

Sra. de M. Sí, pero es usted madre, ¡madre!...

María Á la edad mía podrá usted serlo de una caterva de muchachos.

Sra. de M. No, señora, no.

María Vamos, que usted, casi una reina, ¡tenerme envidia á mí! Permítame usted que me haga gracia; y usted perdone si...

Sra. de M. Sí, sí... Yo... Y usted, una pobre viuda...

María ¡Y hasta sin pensión!

Sra. de M. Pero es que no hay más que dos clases de mujeres: las que han logrado ustedes ser madres, y las que no lo hemos conseguido. Esa es la verdadera división; las demás son arbitrarias.

María Me va usted á convencer.

Sra. de M. Porque siente usted la verdad de lo que digo. La que ha sido madre ha alcanzado todo cuanto una mujer puede esperar del del mundo; y lo demás no es nada. ¿Daría usted su hijo por todo lo del mundo?

María ¡Ay, no señora!

Sra. de M. ¿Lo ve usted?

María Estoy convencida. ¡No, si ya sabía yo que acabaría usted también por convencerme! ¡Y, siendo así, comprenda usted con qué veneración no besaré esa mano, que ha hecho tanto bien al hijo de mis entrañas...!

Sra. de M. Por Dios, doña María; quieta, quieta... ¿No comprende que es exagerado?

María Para cualquiera otra cosa, sí.

Sra. de M. ¿Y no se ha parado usted á considerar que quizás pueda haberle perjudicado?

María ¿A Gerardo, usted?

Sra. de M. Sí, introduciéndole en esta ciénaga de la política, sumergiéndole en esa atmósfera, á él, de tan buena fe, de un espíritu tan recto; en un terreno resbaladizo, en que todo encuentro es acechanza, espionaje toda amistad, falacia todo trato...

María ¡Me asusta usted!

Sra. de M. ¡Bah, por Dios, señora! No dé usted demasiado alcance á mis palabras.

María Es que él ¡claro! para intrigas... ¡Ah!, ¿pero qué estoy diciendo? Está con ustedes, lejos de todo eso... Perdóneme usted si me he dejado llevar por el efecto de sus mismas palabras.

Sra. de M. Sí, sí; tranquilícese, mi buena amiga. ¿Y no ha tenido novia nunca Gerardo? ¿No ha soñado en crearse un hogar tranquilo lejos de aquí?

María Mientras yo viva, no. ¡Cuántas veces le he animado á que se casara!

Sra. de M. Sería con la boca chica...

María Sí, señora; un poco con la boca chica... Nada más tuvo una novia, que vivía frente á la oficina; pero se le metió en la cabeza que también la quería el jefe del Negociado, viudo y sin hijos, y que la sacrificaba casándose con ella; y la dejó, y se quedó soltera.

Sra. de M. Sí, Gerardo muestra en todo su deseo arrebatado de hacer el bien, su ansia de perfección, su lealtad, su sometimiento.

María En todo; sí, señora.

Sra. de M. Y, sobre todo, en sus errores.

María ¿Ha cometido aquí alguno, alguno grave?... ¡Si lo estoy temiendo siempre!

Sra. de M. No, todo lo contrario. Ya sabe usted lo agradecidos que tenemos que estarle en esta casa. Pero, precisamente porque él nos salvó, debemos nosotros salvarle á él

María Pero, ¿qué ha pasado?

Sra. de M. Nada, nada, deseche usted esa idea absurda.

María Si yo lo presentía, lo sentía; parecía que me lo estaban diciendo cuando él me contaba más glorias y mayores triunfos... ¡Lo que se le escape á una madre!

Sra. de M. ¿Pero, el qué?...

María Lo que ha hecho; los errores que habrá cometido con ustedes. Sí; ahora ya no me cabe duda. ¡Pobre hijo mío!

Sra. de M. Le repito á usted que...

María No me repita usted nada... Soy muy paleta; siempre voy tonta..., pero en lo que se refiere á mi hijo no me equivoco, lo adivino... Perdónele usted, señora; perdónele usted lo que haya sido, y si alguien hay con culpa seré yo, que soy su madre y no he sabido aconsejarle.

Sra. de M. Está usted equivocada.

María No, señora, no. (Rafael trae á Antoñito, foro.) ¿Ya ha venido su esposo?

Sra. de M. Sí.

María La esperaré, porque yo quiero que usted me hable...

Sra. de M. Iré yo á su casa mañana.

María ¿Usted á mi casa?

Sra. de M. Es preciso. Pero no se marche preocupada; se digusta usted en balde, es un error...

María No, señora, no me engaño respecto á mi hijo. De niño estuvo muy malo, y el médico me decía:—«No es nada, señora, no tiene importancia; dentro de unos días, corriendo por la calle...» Y yo sabía que no, que podía morírseme. Y cuando sanó de veras, antes de que el médico me dijera nada, ya sentía yo un bienestar muy grande por todo el cuerpo, y los ojos me saltaban y me retozaba la risa.

Sra. de M. ¡Vamos, que... dudar de mí!

María — Me perdonará.... ¡Soy tan paleta! Pero, como hemos de vernos, ya conseguiré que me perdone. Y si no á mí, á mi hijo... ¿No es verdad que perdonará usted á mi hijo?... Dígame ahora mismo que sí... ¡A mi hijo, sí!, ¿eh?

Sra. de M. — Sí.

María — Muchas gracias.

(Mutis izquierda con Antoñito; síguelos Rafael. Aparece foro Montánchez, que cambia con la señora un signo de inteligencia. Ella retírase por la derecha. Salen foro Pombo y Garcés.)

ESCENA X

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ, POMBO y GARCÉS.

Evar. — (Con un ejemplar de «El Eco de la Clase Neutra».) Aquí pueden ustedes estudiar con todo detenimiento el suelto en cuestión.

Garcés — (Cogiendo el periódico.) ¡Este es un ejemplar del Gobierno!

Evar. — No había otro.

Pombo — ¿Cómo?

Evar. — ¡No había otro... más autorizado!

Garcés — (Después de leer el artículo.) La injuria es grave; procede un lance serio.

Evar. — Deseo absolutamente de ustedes que, sin que valgan explicaciones necias, tardías rectificaciones, me lleven al terreno. ¡Lo exijo de amigos tan honorables como cariñosos!

Garcés — ¡Cómo consentir que usted y yo, y con nosotros toda la política española, resultara envuelta en el ridículo de un lance que termina en acta!

Pombo — ¡Ni yo tampoco, caballeros!

Evar. — ¡Ni usted tampoco!

Garcés — ¡Al terreno!

Pombo — ¡Al terreno!

Evar. — Así lo exijo; ¡al terreno!

Garcés — Pero, ¿cómo, siendo usted ministro?

Evar. — Esta noche no lo seré.

Pombo — (Después de leer el artículo.) Yo, querido Montánchez, he de poner un reparo.

Evar. — ¿Usted?

Pombo Sí; que esta afirmación completamente gratuita... Porque todo esto es... completamente grutuito.

Evar. ¿Gratuito?... ¡Sí, sí! ¡Completamente gratuito!

Pombo Pues pudiera aludirse á mí, aunque englobadamente... Ya sabe usted que yo..., se ha dicho que yo... Y estas gestiones ó arreglos que se dice aquí... ¡Que no sé de donde lo habrán sacado! Pues..., ¡si me diera yo por ofendido!

Evar. Estaría muy mal. Aquí no resulta ofendido nadie más que yo. ¡Hemos tenido buen cuidado! ¡Hemos tenido buen cuidado al leerlo, tanto Garcés como yo, y nadie más que yo resulta injuriado!

Garcés Nadie más que él.

Evar. Avístense ustedes con este señor que firma el artículo, y... ¡les ruego la más febril actividad! Quizás ahora esté en el Congreso... No es que sepa yo precisamente que ahora está en el Congreso, pero á estas horas hay allí mucha gente...

Pombo Sí; me han dicho que era uno que se estaba paseando por el salón de Conferencias, cantando bajito...

Evar. Adiós, queridos amigos.

Pombo Hasta luego, gran estadista. (Pombo y Garcés se disponen al mutis izquierda.)

Evar. Cuando el combate termine, si no he quedado en el terreno, devuélvanme el ejemplar, ¡que no circule!

Garcés ¿Quién habla de morir?

Pombo La razón tiene mucha fuerza.

Garcés Sí; la razón dicta á la bala su trayectoria y aguza la punta del florete. Pero, ¿qué armas elegimos?

ESCENA XI

DICHOS y LINARES.

Lin. (Entrando izquierda, y abrazándose á Montánchez.) ¡Oh, padre, más que padre mío! Inútil, inútil ocultarme la cruenta verdad... Si yo pudiera, si yo tuviese personalidad para reco-

ger la afrenta á usted dirigida.. (Bajo á Montánchez.) (Armendáriz está ya esperando en el Congreso.) (Alto.) ¡Pero no!.. (Otra vez el mismo juego.) (¡Hace rato!...) (Alto.) No le puede vengar á usted nadie más que usted mismo, ¡lo comprendo! Aun no tiene usted los sesenta años que el Código del Honor señala.

Evar. ¡Ni muchos menos!

Lin. Ni muchos menos; y está usted fuerte.

Evar. Más que nunca.

Lin. Y más que yo, desde luego. Y además, yo no soy nada de usted por la sangre; sólo soy hijo por virtud del reconocimiento.

Evar. Escribe, escribe la dimisión... Si mato, habré aplastado la víbora que se arrastró hasta las cúspides sociales, y si muero será luchando en valerosa lid entre los elementos de orden, el poder y el dinero.

Lin. Usted no puede morir; su valor le salvaguardará.

Evar. Anda, escribe...

Lin. ¡Y qué efecto en la Cámara! ¡Ah, no se podía apetecer más! Un efecto sugestionante, arrebatador. ¿Cómo diría yo para describirlo?... ¡Indescriptible!

Evar. ¿Sí, eh?

Lin. ¡Un ministro que deja de serlo para batirse! Eso no se ve en España... ¡Así está la gente de estusiasmada!

Pombo (Á Garcés.) ¡Este hombre triunfa!

Garcés (Á Pombo.) ¡Y triunfará!

(Durante la mayor parte de esta escena, Linares se pone á escribir la dimisión, deja de escribirla y se levanta acalorado para intervenir en el diálogo, siéntase nuevamente, etc.)

Lin. Al saber que se bate usted, todo el mundo ha comprendido que tiene usted razón.

Evar. ¡Claro!

Lin. Y sobre el calumniador ha caído el más aislador de los desprecios... ¡Está aplastado! Y su figura de usted con más relieve, más realce que nunca.

Evar. Escribe, escribe; que me enojan los minutos que tardo en ponerme en condiciones de acudir al terreno.

Pombo ¡Oh, con un apadrinado así!

Garcés ¿Armas?

Evar. El sable.

Lin. (Pasando junto á Pombo y Garcés) ¿Ven ustedes qué serenidad? ¡Sabiendo que se trata de un duelista formidable!

Pombo ¡Ah!; pero, ¿ese Armendáriz?

Lin. Cuatro dejó tumbados en su provincia ántes de venir á hacer carrera.

Pombo ¡No! Y... ¡la hará!

Garcés ¡Qué duda tiene!

Lin. Uno á pistola, otro á florete y dos á sable.

Garcés ¿Así es que tira á todo?

Lin. ¡Á todo!

Pombo Pero, ¿su especialidad?

Lin. El sable.

Pombo (Pasando junto á Montánchez.) ¿No le parecería á usted preferible, querido, que el encuentro en vez de á sable fuese á espada francesa, por ejemplo?

Evar. ¡Quiá, hombre, qué locura! Y á sable, ¿por qué no?

Pombo Porque parece que á esa arma tira mucho su contrario.

Evar. Mejor: eso quiero yo. ¡Que haya hombre en el terreno!

Pombo Es valeroso de veras.

Garcés ¡No hay ejemplo!

(Cuando Pombo y Garcés se disponen á marchar izquierda, aparece Gerardo.)

ESCENA XII

DICHOS y GERARDO.

Evar. ¡Eh!... ¿Tú?...

Ger. No sé si he hecho mal ó bien; sé que no podía dejar de hacer lo que he hecho.

Evar. ¿Qué has hecho?

Ger. Abofetear á ese infame y arrastrarlo por los pasillos del Congreso, hasta que me lo han quitado de las manos. Pero no pára aquí, lo mataré. ¡No puedo dejar de matarlo!

Evar. ¿Te has atrevido? ¡Se iba á batir conmigo!

Ger. ¡Yo he de matarlo!

Evar. Pero, ¿cómo demonio te has enterado?

Lin. Pero, ¡si yo le he dejado á usted en el tren!

Ger. Sí; y yo he ido en el tren y he salido de aquí... La Providencia, que me guía siempre que trabajo en servicio de usted, hizo que fuera en el mismo departamento Menéndez, el del Negociado de periódicos de Gobernación, que duerme en un pueblo de la sierra. Llevaba, como siempre, todos los periódicos. Los hojeaba y los tiraba por la ventanilla; yo también me iba entreteniendo. Felizmente, entre los primeros vi éste (Mostrando un ejemplar de «El Eco de la Clase Neutra».) y acerté á leer... Salía ya el tren de la primera estación; bajé con el tren en marcha, me hice daño en una pierna, pero ¡no importa...! Fuí hasta el otro que cruzaba, y echó á andar; y yo, cojeando y todo, lo agarré y monté en él, y me hice otra herida al coger el barrote. De la estación al Congreso, donde sospeché que estaría ese reptil; le he castigado, menos de lo que merece, y ¡aquí estoy!

Lin. (¡Luche usted contra la fatalidad! ¡Se han publicado ocho ejemplares, y uno de ellos va á parar á las únicas manos á que no debía ir!)

Ger. El Presidente del Congreso me ha mandado detener; pero, luego, bajo palabra, me ha dejado venga á darle á usted cuenta de mi hecho.

Evar. Pero... ¿has podido tener la osadía?... ¡Váyase usted, desgraciado, si no quiere que le hunda á golpes esa despreciable figura! ¿Quién le ha dado á usted personalidad para intervenir, mancillando mi honor; quién es usted para tomar mi defensa? ¿Pues yo, no tengo manos, no tengo honor?

Lin. ¡Eso es! ¿Quién le ha autorizado á usted?... Los demás no nos hemos atrevido...

Gar. Tendremos que descalificarle.

Lin. ¡Es una falta de caballerosidad!

Pombo ¡Es un acto indigno!

Gar. ¡Innoble!

Ger. (Adelantándose.) Caballeros, yo...

Evar. ¡Eh! ¡Poco á poco!... ¿Se atreve usted á contradecir?... Pues bien, yo lo recojo: indigno,

innoble; y agrego ¡afrentoso! Le entregaremos á usted á los Tribunales.

Gar. Y dejará usted de ser caballero.

Evar. Y, desde luego, mi secretario.

Pombo ¡Será su muerte civil!

Ger. Don Evaristo: prefiero la material... ¡Máteme usted!

ESCENA XIII

DICHOS, PAREDES. Al final, SEÑORA MONTÁNCHEZ.

Se ve á la señora Montánchez, que observa tras la puerta de la derecha. Al final de la escena, sin poderse contener en su escondrijo, saldrá.

Par. Señor Ministro: vengo de parte del señor Presidente. En la Cámara se le espera á usted y al señor. (Por Gerardo.)

Evar. Voy. Ante todo, Paredes, hago constar que desapruebo la conducta de este señor.

Gar. Sí; todos la desaprobamos.

Evar. Y que, desde este momento, ha dejado de ser mi secretario y mi amigo, y sólo me apena que no pueda dejar de ser mi pariente, aunque lejano y por afinidad.

Lin. Y además está descalificado.

Evar. Yo mismo rogaré al Presidente que lo entregue á los Tribunales.

Par. No, lo que al señor se refiere no es lo grave...

Evar. ¿No? ¿Cómo? Pues, ¿qué? ¡Hable usted!

Par. Que el agredido, ese desdichado Armendáriz, ha hecho revelaciones que imponen la presencia inmediata de usted en el Congreso. Ya no se trata de este señor, sino de usted; y la Cámara está reunida en sesión secreta, y el Consejo de ministros en el despacho de abajo.

Evar. ¿Á mí?... ¿Se trata de enjuiciarme, de considerarme deshonrado, destituído...?

Par. No sé; ruego á usted me evite explicaciones violentas. Sobre que le aseguro á usted que yo no lo he creído.

Evar. ¡Pero...!

Par. He supuesto que son bochornosas imputaciones que arbitrariamente lanza sobre usted ese desventurado Armendáriz.

Evar. Pero, ¿qué ha dicho?

Par. Que eso no era lo tratado.

Evar. ¿Eh...? (Bajo á Linares.) ¿Que eso no era lo tratado...?

Lin. (Idem á don Evaristo.) ¡Tiene razón!

Par. Que obraba de acuerdo con usted, que el duelo era una farsa, y que, ya que se le arrastra por los pasillos del Congreso, ha de hablar claro, aunque usted no le entregue el dinero que le prometió.

Evar. (Alto, á la señora.) ¡Oh! ¿Has oído?... Tu pariente... ¡Yo, en tal bochorno...! ¡Ese impostor!... Y todo ¡por culpa de este vil! (Abalanzándose sobre Gerardo. Le contienen.)

Sra. de M. (Gritando, á Gerardo.) ¡Váyase usted!

Par. No. (Por Gerardo.) Este señor está detenido. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala ó gabinete elegante. Puertas foro, derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ y LINARES.

Montánchez, vestido de mañana, sale izquierda. Linares preséntase foro.

Lin. Don Evaristo, buenos días.

Evar. Cada vez lo entiendo menos.

Lin. ¿El qué, don Evaristo?

Evar. Que tú, un chico listo, con terreno delante y fuerzas para andártelo de una intentona, pierdas el tiempo en atravesar desiertos.

Lin. Nunca está desierto para mí el lugar donde pueda estrechar su mano, tan generosa conmigo.

Evar. ¡Tú, el único, á este miserable caído!... Ganas me dan de ponerme sentimental.

Lin. Sería á destiempo.

Evar. ¿Á destiempo?

Lin. Y cada vez más. Porque cada momento que pasa nos acerca al fin de estas desdichas. Ya sabe usted que ahora hay crisis...

Evar. Todo eso ocurre en otro mundo. Soy como

un muerto que oyera hablar á los vivos á su alrededor, sin poder expresar ni intervenir.

Lin. Esto no es la muerte, como usted supone, don Evaristo; este no es el fin del mundo, es sólo un paraje fastidioso de atravesar, pero tras del que está otra vez la florida selva. Las tropas de Alejandro creyeron, al llegar á la India, que aquellos arenales aterradores eran el límite de la tierra; pero, más allá estaba el Ganges, con sus aguas sagradas y su vegetación espléndida.

Evar. Muy bonito, para el Congreso; pero... esperanzas de tísico. Aunque te aseguro que el aislamiento y la caída no me han hecho el efecto que yo temí; y que, si viera tranquila y á gusto á mi mujer, sería feliz aun en la desgracia política, y nada de los pasados esplendores me inquietaría. Gracias, hijo mío, gracias por la buena intención, que en tí afortunadamente va unida á una poderosa inteligencia. Voy á dar á Antonia el saludo matinal, en sus habitaciones; ya ves que hemos entrado de lleno en las sencillas costumbres de los burgueses. (Mutis Montánchez, derecha.)

ESCENA II

LINARES, solo.

No hay quien le haga creer... Es demasiado listo, y comprende que de donde él ha caído no hay mano que lo saque... Sin embargo, hay cosas tan raras en política... ¡Quién sabe! En el fondo, yo conservo esperanza.. Pero, aunque no la conservase, vendría á verle. (Se ha sentado y está hojeando la prensa.) ¿Cómo?... ¡Demonio! Ó yo no sé ya leer periódicos... (Sorprendido por uno de los sueltos que empezó á leer distraidamente.) Sí, esto va por él. No, si siempre que hay crisis se debe esperar... (Leyendo nuevamente.) ¡Claro que va por él! Es decir. . (Lee otro periódico.) ¡Sí, sí! Lo

mejor es cerciorarse. ¿Por qué nó?... Necesito ver gente; yo creo que... ¡No hay duda! Indagaremos. (Mutis foro.)

ESCENA III

CON EVARISTO MONTÁNCHEZ y SEÑORA DE MONTÁNCHEZ. Ambos por la derecha. Al final, RAFAEL, foro.

Evar. Mira; aquí tienes á Linares. ¡Calla!, se ha ido... Pues, si vieras, querida mía, cómo me angustia tu aburrimiento.

Sra. de M. ¿Y dónde escapar de él? Ni aun he logrado formarme el refugio de todas las mujeres, un hijo...

Evar. ¡Mujer! ¿Todas?...

Sra. de M. ¡Hijo de mi alma! ¿Por qué no lo habré tenido?

Evar. Verdad; á las mujeres un hijo os indemniza de todo, hasta del marido.

Sra. de M. ¿Verdad que sí?

Evar. ¡Cómo nos despreciaréis, las que estáis en tu caso, á los que no hemos sabido pagar una indemnización tan justa!

Sra. de M. (Desatendiéndole.) ¡Bah!

Evar. Está visto; desde que perdí mi aureola política, hasta contigo perdí todo prestigio.

Sra. de M. ¡Un hijo, una criatura rosada á quien besar, á quien vestir á mi gusto, y reñirle y abrazarle, y que ande y se mueva ¡y sea mi hijo! Y yo preocupándome por él, perdiendo mis horas en atenderle.. Y así, ¡qué aburrimiento! Sí, á lo menos, fuese pobre tendría que trabajar.

Evar. Pero, atiéndeme, escúchame, hijita. ¿Qué me dirías, si yo te hiciese una confesión, que ya otras veces?...

Sra. de M. ¿Una confesión?

Evar. Una culpa, que cometí de soltero.

Sra. de M. ¿Has guardado un secreto para mí?

Evar. No era asunto que se relacionase con la política, y, además, podía enojarte... Pero hoy te veo propicia; encuentro la ocasión llana, como si yo arbitrariamente la hubiese preparado.

Sra. de M. Dime tu culpa.

Evar. Yo, Antonia, tengo un hijo.

Sra. de M. ¿Tú? Infame, vicioso... ¿Y la madre?

Evar. Tranquilízate. Ha muerto.

Sra. de M. Así es que, mientras yo, una mujer joven como yo, á quien llevas quince años, acariciaba esos cabellos, ya pajizos, y creía guardar para mí los restos..., otra mujer, una mujer cualquiera, compartía conmigo tus agotados amores. ¡Lo debí haber notado!

Evar. Tranquilízate; cuando me casé contigo, ya esa mujer había muerto. Murió á los pocos meses de nacer el niño.

Sra. de M. ¡No me toques!

Evar. Pero, mujer...

Sra. de M. Si antes pude apreciarte, es porque te traté sólo como político. ¡Apártate!

Evar. Pero, ¿qué te he dicho? Que antes de estar ni en relaciones contigo siquiera, tuve un hijo... ¡Vaya, esto indica hasta cierta buena fe!

Sra. de M. ¿De veras murió antes de que nos casáramos?...

Evar. ¡De veras! Desde aquel solemne día en que mi padre, para pedirte, visitó al tuyo, ni como hombre privado ni como hombre público, me han manejado otras manos que éstas. ¡Y... aún te enfurruñas! ¿Hay lógica? ¿Y por qué te hablo de todo esto? ¿Por qué me he expuesto á tu ira, sino por tu amor? Te he dicho, y te digo ahora, con todo cariño: Tengo un hijo; ¿quieres que lo compartamos, ya que te veo deseosa?... ¿Que no quieres tú? Pues, tampoco yo. Porque ya ves que, aunque soy padre, hasta ahora no he ejercido.

Sra. de M. ¿Ni á escondidas mías?

Evar. Tampoco.

Sra. de M. Me da pena. Un hijo..., y ¡no es mi hijo!

Evar. Ni mío lo ha sido. La materialidad... Y ¿qué es la materia?; nada. Te lo juro, Antonia: los dos empezaremos á ser padres al mismo tiempo, ó ninguno comenzará.

Sra. de M. Pero, tú eres su padre.

Evar. Se puede ser padre, sin serlo; y no serlo, siéndolo; como se puede ser sacerdote sin

ser religioso, y ser religioso sin ser sacerdote. Yo lo hago por tí; para disipar tus murrias. Piénsalo...

Sra. de M. Y ¿es rubito?

Evar. Con pelo rizoso...

Sra. de M. ¿Cariñoso?

Evar. ¡Te quiere mucho!

Sra. de M. ¿A mí? ¿Le conozco yo?

Evar. Le has dado algunos besos.

Sra. de M. Evaristo: eres un truhán. ¿Quién es?

Evar. Antoñito.

Sra. de M. ¿El niño que recogió Gerardo, el de la historia novelesca?

Evar. Ése; ya ves... Es una novela que, siguiendo la evolución del género, se convierte de fantástica en naturalista. Cuando murió la madre, yo mandé recoger al niño y depositarlo ocultamente en casa de tu primo. Recordarás que entonces íbamos á casarnos. ¡Mira tú si en mi alma no irían hacia tí todas las corrientes, que lo envié con gente de tu familia prefiriéndola á la mía! En vez de apartarlo de tí lo uní contigo, lo acerqué, por lo menos.

Sra. de M. Pero, ¿por qué no me has dicho nada?

Evar. ¡Vaya, tontita! ¿Iba á decírtelo cuando éramos novios? Podías hasta haber reñido conmigo; ¡ni pensarlo quiero! Después lo pensé... lo inicié...; pero, entregados á la vida activa del poder, ¿para qué? ¿Podía yo entonces aparecer de buenas á primeras con un hijo, por generación espontánea?

Sra. de M. Claro que no.

Evar. ¡El ridículo!

Sra. de M. Y el escándalo...

Evar. Imposible.

Sra. de M. Siguiendo en la política, imposible.

Evar. Pero ahora, solos, en el desierto, desahuciados de la política, tú aburrida, la casa solitaria... Es el reverso; antes éramos una pareja andante de brillantes hazañas, ahora un matrimonio burgués que necesita hijos.

Sra. de M. ¿Hijos?... ¡No me saldrás con alguna otra confesión!

Evar. No, mujer; rectificaré: Que necesita un hijo. Mira; hasta Antonio se le puso... ¡Tu nom-

bre! Aquello fué sin duda un delicado presentimiento.

Sra. de M. No, Evaristo, fué una sinvergoncería. Y ¿tú ibas á ver al chico?

Evar. No, no. Mandaba ocultamente para él quinientas pesetas todos los meses. No lo he visto más que tú; es decir, menos, menos veces que tú. ¡Y nadie sospecha nada! Las quinientas pesetas las mandaban por correo corresponsales de mis banqueros; siempre desde el extranjero, de puntos raros... ¡Imposible sospechar! Advirtiéndote que, cuando Gerardo nos hizo las memorables jugarretas, me indigné tanto que suprimí la pensión; y, para que no se aprovechara de ella ese botarate, no he mandado desde entonces ni un céntimo al muchacho.

Sra. de M. ¡Sí que es muy guapo! ¿No se parecerá á la madre?...

Evar. Ni remotamente. A mí, á mí todo; recuerda ahora, verás.

Sra. de M. Sí, la nariz, la nariz un poco.

Evar. ¿Cómo un poco? ¡Muchísimo! Y os labios... A la madre, nada. Ya ves, era morena, muy alta, seca, de ojos pequeños...

Sra. de M. Sí, á tí siempre te han gustado las morenas.

Evar. Aquella, no.

Sra. de M. Pues, si llega á gustarte...

Evar. Mujer; un dato solo... En fin, no te digo más. Haz cuanto te parezca, que yo aprobaré. Sólo he procurado, porque te quiero cuanto se puede querer, proporcionarte el encanto, la distracción, la satisfacción de un impulso, ¡ya que no directamente!... Nada he de hacer, como te he dicho... Dame un beso. Quédate sola; no quiero influir, ni involuntariamente, en tu decisión. Hasta luego. ¿Me perdonas? Fírmame el indulto... (Le besa y abraza.) ¡Oh, esto es una amnistía! (Mutis izquierda.)

Sra. de M. (Sola.) Eso no está bien; que le haya suprimido la pensión al chico, no está bien. (Montánchez pasa de izquierda á foro, con sombrero, guantes y bastón.) ¿Quieres pasarte por el Continental, y avisar á la madre de Gerardo que la espero? (Signo de entusiasta aprobación en Montánchez.) Adviértele que venga ahora.

Evar. No hará falta. (Mutis foro.)

(La señora toca el timbre, y se presenta Rafael.)

Sra. de M. No estoy para nadie más que para doña María, la madre de don Gerardo. (Señora de Montánchez mutis derecha.)

ESCENA IV

POMBO, PAREDES y RAFAEL. Según se indican.

Pombo (Saliendo foro.) (Nadie se me ha adelantado.)

Raf. El señor acaba de marchar; ¿no lo ha encontrado el señor en la escalera?

Pombo ¡No; qué fastidio! .. ¡Para qué habré subido en el ascensor!...

Raf. La señora no recibe.

Pombo Esperaré al señor.

(Mutis Rafael foro.)

Par. (Por el foro. Viendo á Pombo.) (Se me anticipó la banca.) Querido don Joaquín...

Pombo ¿Usted por aquí, pollo?

Par. ¿Y le sorprende á usted? ¿Cuándo mi afecto por Montánchez se vió desmentido? Corroborado siempre...

Pombo E-o es..., corroborado. ¿Está usted enterado de las dificultades con que tropieza Garcés para formar ministerio?

Par. ¡Pts! Así.., por encima. ¡Si viera usted qué poco me interesa esta crisis! Nosotros asistimos á ella como espectadores que ni siquiera han pagado la localidad; ¡el colmo de la indiferencia!

Pombo Sí, pues parece ser que necesitan una figura, como si jugaran á las siete y media.

Par. ¿Una figura?

Pombo Sí; un político que no tenga partido tomado en lo del posible conflicto anglo-ruso-germano-franco-hispano; y, como todos, echándoselas de vivos, habían dado su opinión, pues no ha quedado más que uno en condiciones... Y además tiene que ser honorable, y haber demostrado poseer recursos para poner á contribución la riqueza oculta; que sabe usted que ahora es muy necesario... sa-

ber ponerlo todo á contribución... Pues... ¡usted verá quién!

Par. Sí, sí; la riqueza oculta...

Pombo En fin, que ese hombre es Montánchez; y que van á venir á ofrecerle una cartera.

Par. ¿Cómo? ¿Qué me dice usted? (Este procedimiento directo de la franqueza brutal, me desconcierta.) Pero, ¿es posible?; ¿no será un rumor absurdo?

Pombo (¡No trabaja mal esta criatura!) Rigurosamente exacto.

Par. ¡Ah, magnífico! La concentración, entonces, un hecho... ¿Ve usted? ¡Ya me interesa! Ideales que se entrecruzan y entrechocan, y al fundirse fecundan... Pero su noticia de usted me llena de asombro. ¡Yo, que venía aquí huyendo del bullicio político, á acompañar un rato al buen amigo que yacía en el desierto, me encuentro situado en el punto crítico de la batalla! ¡Mi sino, don Joaquín, mi sino!

Pombo ¡Ah, sí; no puede uno escapar al destino... que se busca!

Par. ¡Y, como tiene que aceptar Estado; porque lo aceptará, sin duda!...

Pombo ¡Ah!, ¿era verdad? Muchas gracias, pollo. Me hubiera chocado equivocarme.

Par. ¡Ah!, ¿pero usted no lo sabía?

Pombo De fijo, no. Pero, no ponga usted esa cara. Le he extraído á usted la noticia; eso es todo, y ello había de suceder. Para un negociante viejo, un político joven «siempre tiene el pecho de cristal». Pues sí, yo siempre creí que Montánchez volvería á ser Ministro.

Par. ¡Naturalmente!

Pombo Y ahora ya se iba haciendo el indispenble.

Par. Cuando se le declaró fracasado ruidosamente, aquello fué declararlo insustituible. El hombre insustituíble para dirigir una nación, es el que ha pasado por la prueba de un fracaso total. ¡Es cuando queda contrastado, acrisolado!...

Pombo ¡Purificado!

ESCENA V

POMBO, PAREDES y LINARES.

Linares sale foro.

Lin. (Por Pombo y Paredes.) (¿Estos aquí?... Pues, no averiguo más. ¡Ya no cabe duda!) ¡Oh, queridos amigos! ¡Cómo ensanchan el alma tan nobles ejemplos! ¿Vienen ustedes á acompapañar al solitario caído?

Par. ¿Y cómo no?

Pombo Por mi parte, mientras más solo esté, estará más acompañado.

Lin. ¡Bella paradoja! Abundan los amigos en la prosperidad, como arenas en la playa; pero, para el que yace en playa solitaria, son arenas de oro. ¿No saben ustedes la noticia?

Pombo (Nos la dice.)

Par. (Hay que poner la cara de las grandes sorpresas.)

Pombo No, no, no sabemos nada.

Par. Ignoramos en absoluto...

Lin. Pues, que Garcés...

Par. Sí, que Garcés...

Pombo ¿Qué?

Lin. Que ya tiene formado ministerio.

Pombo ¿Formado?

Lin. Y ahora van á jurar.

Par. A jurar, pero ¿quién?

Pombo ¿Quiénes son?

Lin. ¡Ah!, y yo ¿qué sé, queridos? Nosotros..., en el ostracismo... Es decir, de uno sé, Alvarez Soria, que le he visto casualmente, de uniforme en el coche, que iba á Palacio.

Par. ¿A Palacio, ya?... (¿Me habrán engañado, ó será éste el que...?)

Lin. ¿Qué dicen ustedes?

Par. Que, ¿cómo es que Garcés no ha requerido el auxilio?...

Pombo ¡Eso es!

Lin. ¿De quién?

Pombo Eso es... ¿De quién ha requerido el auxilio?

Lin. ¡Qué sabemos nosotros! ..

Pombo (¡Con esto perdemos el tiempo lastimosamente!) (Á Paredes.) (Pollo: ¿usted sabía eso... en firme?)

Par. (Á Pombo.) (Sí, señor.)

Pombo (Á Paredes.) (Entonces, éste nos está mintiendo.) (Para sí.) (De todos modos, aquí no hace uno nada.) (Preparándose á marchar, alto, por Paredes.) ¡Vaya!, puesto que usted se queda...

Par. (El mismo juego, y casi al mismo tiempo.) Entonces, como usted (Por Pombo.) no tiene prisa...

Pombo No, si yo, precisamente...

Par. Y yo también, precisamente...

Lin. ¡Ah!, los dos, los dos; yo no los detengo... Si el solitario quizás aún tarde en volver... Un paseo higiénico...

Pombo (Á Paredes.) (¿Para qué hemos de ir separados, pollo? Vamos juntos á Palacio.) (Alto, á Linares.) Hará usted presente á don Evaristo nuestros respetos.

Par. Nuestro cariño de siempre.

Lin. Sí, el de siempre.

Pombo (Á Paredes, al mutis.) (Éste es muy largo. Nos ha mentido, no me cabe duda.) (Mutis foro Pombo y Paredes.)

Lin. ¡Pájaros de buen agüero! Pero, he tenido que espantaros.. Necesito á toda costa hablar á solas con él, antes que nadie. ¡Á ver si le encuentro! (Acércase á la puerta derecha y después á la izquierda, junto á la cual, y suponiéndose que habla con un criado, pregunta:) ¿No está? (Observando foro.) ¡Ya no me ven! (Mutis foro.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, SEÑORA DE MONTÁNCHEZ. Al principio, RAFAEL.

Raf. (Saliendo foro, con doña María.) Pase; la señora la espera. (Desaparece un instante por la derecha, y vuelve á pasar, haciendo mutis foro. Sale señora de Montánchez, derecha.)

María Señora... (Rompe á llorar.)

Sra. de M. Pero, doña María...

María Es que nuestra última conversación fué tan extraña, adivinaba usted tan sutilmente.. ¡Por desgracia, ya era tarde!

Sra. de M. No se acuerde usted de aquello.

María Es mi recuerdo único; ha borrado todos los demás de mi vida.

Sra. de M. ¡Vaya!, señora...

María ¡Cómo odiarán ustedes á mi hijo; á ese incauto!...

Sra. de M. No, no; odiarle, no, no se torture usted. Y menos ahora, sabiendo... Tenemos con él un motivo de agradecimiento.

María ¡No será como los de otras veces!

Sra. de M. No, el de ahora es de distinta índole.

Maria Dígame usted; y eso que...

Sra. de M. ¿Qué?

Maria Que tengo miedo; miedo á oirla hablar, á oir su voz, que debiera regocijarme..,

Sra. de M. ¿Miedo?

María Sí; miedo á mi hijo, á sus bondades, á su caballerosidad, á su lealtad, á su nobleza, á todas sus virtudes... Temo que alguna de ellas, ó todas juntas, hagan caer el cielo sobre él, para aplastarle. Aun ahora, que no hace nada, temo algún desafuero de su rectitud.

Sra. de M. No es posible. Es sencillo lo que tengo que decirle y, como la veo inquieta, despacharé en dos palabras. Por fogosidades é imprevisiones muy disculpables en la juventud, mi marido, antes de conocerme, tuvo un hijo con una mujer que murió á poco... Me ha propuesto reconocerle y traerle á vivir aquí como hijo nuestro; y yo he aceptado con regocijo. Ese hijo es... el niño que tienen ustedes recogido.

María ¡Ay, ay! (Sintiéndose acongojada.)

Sra. de M. (Disponiéndose á llamar.) ¿Qué es eso?

María No, no llame usted, se lo ruego. ¡Ay, Dios mío!

Sra. de M. Pero, ¿qué le ocurre al niño? ¿Se ha muerto?

María Eso sería muy triste; pero... ¡no sería culpa nuestra!

Sra.de M. Pues ¿qué ha pasado?

Maria Que Gerardo... lo ha reconocido.

Sra. de M. ¿Cómo? ¿Al niño?...

María Sí.

Sra. de M. ¿No siendo suyo?

María Verá usted...

Sra. de M. Pero ¿qué hombre es ése ó demonio?... ¿Por-

qué se ha puesto en nuestro camino ese hombre, traidor por su misma lealtad?... No sólo nos despeña de nuestra posición y nos deshonra, sino que nos arrebata hasta el último consuelo que nos pudimos reservar..., ¡un hijo!

María Señora: máteme usted á mí, soy su madre, y lo merezco. No habré sabido aconsejarle... Pero respete usted, hasta en este último y más grande error, su noble fin. No sabíamos de quién pudiera ser ese pequeño... Lo queríamos..., ¡usted lo sabe! Lo que menos sospechábamos era... Lo creíamos de cualquiera, seguramente de extranjeros que hubiesen venido aquí precisamente para ocultarlo; porque nos mandaban quinientas pesetas todos los meses en cartas fechadas y selladas en sitios raros, de América algunas veces... Pues bien; hace poco, y coincidiendo precisamente con la catástrofe, nos dejaron de mandar los cien duros. El padre del niño ha muerto, nos dijimos Gerardo y yo. Y ¡si le hubiera usted visto aquellos días llorar abrazado á Antoñín...! Una tarde llegó mi hijo á casa radiante de satisfacción: Mamá, me dijo, he pensado una cosa magnífica. Yo, ¡claro! me eché á temblar. Pero, cuando me dijo lo que era, me convenció. Reconoceré al niño, decía con voz emocionada, en esto no puede haber daño para nadie... Dar padre á quien no lo tiene, amparar al que se ve en el mundo desvalido, dar apellido á quien carece de él, hacer que el día de mañana no tenga un hombre que inclinar la cabeza cuando se trate de su origen... ¿Puede pecarse por esto? Fuimos al notario, y reconoció como hijo suyo al niño abandonado... ¿Era posible que se escondiese algún mal en acto tan hermoso? Pues... ¡mire usted si lo ha habido!

Sra. de M. ¡Y, porque tuviera un padre, lo ha hecho hijo suyo, de nadie, privándole de un padre ilustre, millonario!..

María Señora, no me creí con tanto valor; pero le voy á contestar á usted. Si el padre ilustre y millonario se hubiera mostrado padre á

tiempo, hubiese evitado que ocupara nadie el puesto vacante.

Sra. de M. ¿Cómo?... ¿Se atreve usted á atacar?...

María No, señora; defiendo á mi hijo.

Sra. de M. Su hijo de usted ha cometido mil torpezas, que no quiero calificar de felonías; y el hecho de reconocer un hijo que no es suyo, es un crimen, una falsedad.

María Mi hijo, en la política, habrá cometido todas las insensateces, todos los desafueros imaginables; pero, en esto... ¡En esto, señora, soy yo quien más entiende! Perdone usted, estoy poca educada. Mi hijo está abajo; le diré que suba, y—si me deja—subiré yo también... ¡Sé que es bueno, y que ha hecho bien! Pero soy... una vieja; y para arreglar este asunto hace falta él, y su marido de usted también, señora. Perdóneme, perdóneme si soy grosera, perdóneme. (Mutis foro.)

ESCENA VII

SEÑORA MONTÁNCHEZ y DON EVARISTO MONTÁNCHEZ.

Evar. (Saliendo foro.) ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Sra. de M. Que Gerardo, al ver desamparado al niño, y que ya nadie le mandaba dinero ni le atendía, lo ha reconocido ante notario como hijo suyo.

Evar. ¿Qué?... ¿Y quién le manda á él, un hijo mío, un hijo nuestro, un niño que sabe que no es suyo...? Está bien: lo meteré en la cárcel. ¡Eso es un crimen!

Sra. de M. Lo mismo he dicho yo.

Evar. ¡Naturalmente!

Sra. de M. Pero ¿crees que ni con un presidio pagará el mal que nos ha hecho?

Evar. Y el que ha hecho á la criatura. Pudiendo ser hijo mío, convertirle en el hijo de un hambriento estúpido, de un desatinado que concluirá en pordiosero... ¡Ah!, pero... me alegro, me alegro...

Sra. de M. Nos vengaremos ahora de todo.

Evar. De todo lo que ha hecho por servirnos.

Sra. de M. Que nos pague junta toda su lealtad... Ahora, que no somos políticos, nos divertiremos con ese títere.

Evar. ¡Le haremos bailar en la cuerda floja!

Sra. de M. ¡Ahora que podemos alegar un motivo noble!

Evar. (Como esforzándose por recordar.) Verás; porque yo, aunque abogado, recuerdo algo de leyes...

Sra. de M. Si no debe haber medio; un hijo reconocido por uno... ¡No va á ser hijo de dos!

Evar. No, las leyes no lo consienten, aunque son femeninas. ¡No hay solución! ¡Nos dejó también sin hijo!

Sra. de M. ¡Desastre total! ¡Nos lo ha arrebatado todo!

Evar. ¿Qué enemigo puede igualar al amigo necio?

Sra. de M. ¡A un servidor imprudente!

ESCENA VIII

DICHOS, GERARDO. Al final, RAFAEL.

Ger. (Por el foro.) No, no, nada hay que hablar. Sé lo que me cumple hacer. ¡Ya he tomado mi resolución! Declararé por escrito no ser padre del niño, y los móviles que me impulsaron. Y ¡ahora!... Cuiden ustedes de él, ¡sin odiarme!, y ¡perdónenme! sobre todo. (Medio mutis foro.)

Evar. ¿Qué? (Le obliga á retroceder.) ¿Otro disparate?

Ger. No, éste no lo es; y, en todo caso, sería el último...

Evar. ¿Cómo, el último? ¿Tú crees que no has de cometer disparates de ultratumba? Como el Cid ganaba batallas después de muerto, tú después de muerto cometerás disparates. ¡Quieto aquí! Has de vivir para responder de tus actos.

Sra. de M. ¿Crees que tienes derecho á embarullar la situación de seres felices; despeñar á los de arriba, sepultar bajo una losa á los de abajo y quitarte luego de en medio bonitamente?...

Evar. ¿Quieres que sufran otros por lo que tú per-

petraste? Súfrelo tú, y desaparece luego, si te acomoda.

Sra. de M. Sí, sí; devuélvenos lo que nos quitaste, ¡poder, reputación, y hasta el consuelo de un hijo! (Preséntase Rafael foro con una tarjeta, que entrega á don Evaristo.)

Evar. (Extasiado, releyendo la tarjeta, disimuladamente á la señora.) ¡Garcés!... Antonia, es Garcés.. Garcés, ¡que está formando Ministerio!

Sra. de M. Garcés... Entonces, ¡viene...!

Evar. ¡Claro!

Ger. Don Evaristo, exíjame lo que sea, impóngame lo que sea..., pero ¡pronto!

Evar. ¿Qué?... ¿Insistes en matarte? ¡Quiá! Ahora menos. Espera ahí, (Indicándole izquierda.) te llamaré!

Ger. Espero. (Mutis izquierda.)

Evar. (A la señora.) Y tú aquí te escondes, como en nuestros tiempos.

Sra. de M. Sí. (Desaparece derecha.)

Evar. (Á Rafael, que ha quedado esperando órdenes.) Que pase, que pase en seguida. (Detrás de Rafael, sale don Evaristo á recibir á Garcés.)

ESCENA IX

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ y GARCÉS.

Montánchez introduce á Garcés, por el foro.

Evar. Permítame usted, querido Presidente..

Gar. Lo seré, si usted me ayuda.

Evar. ¡Oh! ¿Era eso? ¡Lo temí!

Gar. Vengo á rogarle á usted que acepte una cartera; la de Estado, si quiere, y si no otra. Usted elija...

Evar. Permítame, querido, que evoque una página bíblica: La reina de Saba, con todo su esplendor, con todas sus tentadoras promesas, visitando á Antonio, el Ermitaño, miserable en su desierto, que austero rechaza los más opulentos dones.

Gar. Sigamos en parábolas, ilustre amigo: Yo no soy reina de ladinos ofrecimientos; soy el

humilde criado de Abraham, y usted la gentil Rebeca, que, para que no nos ahoguemos de sed, nos ha de dar agua á mí y á mis camellos; á mí y á mis ministros salvarnos del ahogo, pues tengo ya el resto del Gabinete, y de usted depende lo demás.

Evar. No será así...

Gar. ¡Ó llevar su nombre, ó declinar los poderes!

Evar. ¡Oh, Garcés!... ¿Por qué no exigirá usted de mí otra cosa? ¡Volver al ajetréo de la vida pública! Yo estoy cansado.

Gar. ¡Bah!

Evar. Fatigadísimo; se lo juro á usted. Y luego, mi pobre mujer, la pobrecita Antonia, tan opuesta á todo lo que sea bullicio, poder, influencia... Pídame usted otra muestra de mi devoción, de mi afecto.

Gar. ¡No soy yo! ¡Quien me envía!... ¿Va usted á desobedecer á quien me lo ha indicado, á quien pudo y debió indicármelo? Sin usted el Gabinete es informable. En usted puede hoy conglomerarse y sintetizarse cuanto palpita precisamente fuera de la política militante, que es lo que queremos llevar al Poder. Usted, además, no solo pertenece á aquellos políticos que han sabido descubrir la riqueza oculta, sino que se ha preocupado de la situación de la patria entre las potencias; y en el programa de usted, tanto interno como externo, aparecen esparcidas, como flores, soluciones de todas clases, que lo hacen infalible como totalidad. Y, en cambio, para mayor acierto, acerca de la posible conflagración anglo-ruso, etc., nunca ha dicho usted esta boca es mía... En fin, hasta es usted intachachable en materias de moral doméstica, y su hogar un templo. ¡Hoy, que tanto se procura, sin lograrlo!...

Evar. Basta, me llena usted de elogios; ¡y es para hacerme perder la quietud de mi retiro!... ¿Palabra de caballero que se lo han indicado á usted?

Garcés Me lo han exigido; ¡palabra!

Evar. Entonces, ¿cómo negar la obediencia á quien se debe?

Garcés Gracias, gracias; disponga usted de mí. Será

usted el amo de su Presidente. ¿Le pongo á usted en Estado?

Evar. No, Marina; ahora hay allí graves problemas...

Garcés ¿Pero, y á Estado, con el conflicto?...

Evar. Pues en Estado puede usted poner al que había designado para Marina. Un conflicto en que toma parte Inglaterra; ¡ya ve usted si la Marina jugará papel! ¿Quién era el que había usted designado para Marina?

Garcés Mercadante; ya ve usted, para Marina... ¡Se trata de un gran médico!

Evar. Llévelo usted á Gracia y Justicia.

Garcés Como allí van queriendo técnicos, había pensado en García Morales.

Evar. Á ese métalo usted en Hacienda... ¡Que no está tan sobrada nuestra Hacienda de buenos abogados! Y al de Hacienda, que ya supongo quien será, lo puede usted tener en Gobernación, que allí también le servirá á usted de mucho..., ¡de más!

Garcés ¡Bien, bien! ¿Usted quiere Marina?...

Evar. Sí; yo, al entrar en el Ministerio, ha de ser para hacer algo...

Garcés ¡Desde luego! Pues, ya me arreglaré yo con los otros. La combinación que usted me indica me parece muy sensata. Á las cinco, juramos.

Evar. Hasta luego.

Garcés Y, gracias; su hermoso sacrificio es de los que dejan huella en la Historia.

Evar. ¡Se lleva usted mi santa tranquilidad!

Garcés ¡Pero, usted se enaltece ante la Patria!

(Montánchez sale á despedir á Garcés, y vuelve. Señora Montánchez abandona su escondite.)

ESCENA X

DON EVARISTO MONTÁNCHEZ, SEÑORA DE MONTÁNCHEZ. Después, GERARDO. Más tarde, DOÑA MARÍA. Cuando se indica, RAFAEL.

Sra. de M. ¡Admirable, admirable! ¡Qué grande es nuestra fuerza de ascensión! Subimos, á pesar de lo que tira Gerardo de nosotros.

Evar. Cállate, eso pasó, el porvenir es nuestro. Y ahora, en lo del chico, resulta que nos ha hecho una buena obra.

Sra. de M. Eso, sí.

Evar. Vamos, ante todo, á despacharle á él, y á su hijo; ¿no te parece?

Sra. de M. Sí, sí; no tengamos las mismas.

Evar. Antes de que jure.

Sra. de M. Mejor es.

Evar. (Dirigiéndose hacia izquierda, llamándole.) Gerardo, ven.

Ger. (Presentándose.) A sus órdenes.

Evar. Pues, ya sabes...

Sra. de M. Te exigimos una explicación de tu conducta.

Ger. No hay más que una. El niño no era mío; pero... lo abandonaron. Yo no pude creer que un padre lo abandonara... Creí que era preciso para eso... ¡estar muerto!

Evar. Advierte, muchacho, que...

Ger. No, don Evaristo; usted pudo exigir de mí todo, vengarse de mí en todo, pero no retirar la pensión á su hijo.

Sra. de M. Pero, ¿por qué nos ponemos tan solemnes?

Raf. (Saliendo foro.) La madre de don Gerardo.

Evar. Que pase.

Sra. de M. Sí, sí, que entre. (Mutis Rafael.)

María (Foro.) Perdonen ustedes. (Á Gerardo.) ¿Por qué no salías? ¡Ay, no sé lo que llegué á figurarme!...

Ger. Sí, solemnes, como á la hora de la muerte. Porque yo quiero á ese niño como un padre, ¡como un padre de veras! Y yo sé que le perjudico, que le hago descender, siendo hijo mío, pudiendo serlo de usted; y... me quito de en medio por él, soy un estorbo para él.

María No, hijo mío, no. Eres su amparo. . ¿Quién le quiere sino tú? Tú eres su apoyo. El que protege es el amor, no es la posición del padre... ¡Hijo mío, no, no!...

Evar. Vaya, loco, siéntate. Siéntate, hombre, que sentándose pierde uno la tensión trágica en seguida.

Ger. ¡Perjudicar al niño!... ¡Ya no me queda otro disparate que cometer!

Evar. Sí, hombre, sí; no te ofusques. Debes vivir;

aun te quedan muchos disparates en el mundo, que ni siquiera has intentado. ¡Es una soberbia que pienses lo contrario!

Sra. de M. Te pedimos que vivas para el niño.

Ger. (*Á Montánchez*) ¿Usted me pide?...

Evar. Yo, sí.

Sra. de M. Ese niño como á padre te trata.

Evar. De hecho has sido su padre...

Sra. de M. Y ahora, de pronto...

Evar. ¿Iba yo á consentir que te matases?

Sra. de M. ¡Ah, no; eso nunca!

Evar. ¡No lo quiero!, ¿sabes? ¡No consiento que un hijo mío tenga por padre á un suicida!

Ger. Si me resigno á vivir, iré proclamando á la faz del mundo que he sido un falsario, que ese hijo no es mío; ¡que es de usted! Seré encarcelado, pero lo diré.

María ¡No, hijo, no, tampoco!

Sra. de M. ¡Qué disparate!

Ger. ¡Sí, lo diré á la faz del mundo; que es de usted!...

Evar. ¡No!

Sra. de M. ¡No!

María No, hijo; si es mejor que sea nuestro...

Evar. ¡Tú te callarás! No consentimos que hagas declaraciones que te comprometan. Yo, como todo padre amante que llega á cierta edad, me iba á apresurar á reconocer...

Sra. de M. Pero, como quiera que tú, de buena fe, se lo has imposibilitado...

Evar. Sigue, sigue, Gerardo amigo; sigue considerándote padre de mi hijo...

Sra. do M. Y, ahora, nunca los abandonará á ustedes.

Evar. ¡Muy doloroso me es no poderle dar mi apellido á esa criatura!

Sra. de M. ¡Llanto tiene que costarte!

Evar. ¡Y tener que ocultar...!

Sra. de M. ¡Oh!

Evar. Pero ante todo, tu vida y tu tranquilidad.

ESCENA XI

DICHOS, LINARES. En seguida, POMBO y PAREDES.

Lin. (*Saliendo precipitado foro, y abrazándose á Montánchez.*) ¿A qué hora jura usted?

Evar. Á las cinco.

Lin. ¿Lo ve usted? Vienen pisándome los talones Pombo y Paredes.

Evar. ¿Paredes, también?

Lin. Su expresidente de usted se ha puesto malo del disgusto. Ya le están preparando á usted una veneciana de la edad media... Pero, la desbarataremos.

(Entran foro Pombo y Paredes. Fórmanse dos grupos: á un lado doña María y Gerardo, al otro los demás.)

Par. (Abrazando á Montánchez.) ¡Oh, mi más querido, mi eximio amigo! Á su expresidente de usted acabo de dejarlo que se ahogaba... de gozo por la noticia.

Evar. ¡Ah, ese querido expresidente!

Ger. ¿Has visto?

María Ministro otra vez... ¡Por eso no quieren al chico!

Lin. (Por Gerardo.) ¿Pero éste vuelve á la política?

Evar. No, venía á un asunto particular. (Las miradas de hostilidad hacia Gerardo truécanse en afectuosas.)

Lin. (Saludando á Gerardo.) ¡Ah, querido amigo, nunca se le ve!

Ger. No, ni se me verá. ¿Nos permite usted que nos retiremos? (Á Montánchez.)

Evar. Sí; (Á los de su grupo.) permítanme un minuto. (Pasa al otro grupo. Á Gerardo.) Guíale como padre, ya que padre suyo te has declarado. ¡Y que nadie sepa nada, ni él mismo, nadie!

Ger. Descuide usted; será mi hijo.

María Hijo suyo, mi nieto.

Ger. ¡Ya lo creo que será hijo mío!

Evar. Les señalaré á ustedes una pensión que los ponga apartados de toda lucha.

Ger. No, será hijo mío; ¡y un hijo mío no admite pensión de extraños!

María Ya nos las arreglaremos como podamos, y le daremos al niño una carrera que nada tenga que ver con la política: ingeniero, ó cura, ó músico...

Evar. Perfectamente; la política está muy mala.

(Vuelve Montánchez á su grupo.)

Pombo (Á Linares.) ¿Cómo es que había usted visto á Álvarez Soria?

Lin. Sería alguno parecido. Hay parecidos...

Pombo Asombrosos. Pero, ¿y el uniforme?
Lin. ¡Sin duda algún académico!
Pombo ¡Desde luego!... ¡No se me había ocurrido!
Ger. Vamos, madre... ¡Qué contento estoy!
María ¡Yo más que nunca en mi vida!

(Doña María y Gerardo van pasando hasta llegar junto á la puerta del foro, donde dirán las últimas palabras.)

Pombo (Por Montánchez.) Amigo mío: eso es triunfar...
Par. ¡De aquí á unos meses, jefe del partido!
Evar. Señores, señores...
Lin. (Á Señora de Montánchez.) ¡Qué marido tiene usted!
Evar. Y yo, ¡qué mujer!
Sra. de M. Bien lo decía mi padre: tu marido y tú llegaréis á todo...
Evar. ¡Y á todo hemos llegado!
Lin. ¡Viva don Evaristo!
Pombo ¡Y doña Antonia!
Par. ¡Vivan!
María Yo de lo demás no entiendo; pero siempre dije que en prohijar al niño hacías muy bien.
Ger. ¡Y bien que he hecho!
María ¡Pobre ángel! Separarle de nuestro lado, ¿y para qué? ¡Qué hubieran hecho de él toda esta gente! (Mutis ambos foro.)
Pombo, Lin., Par. ¡Viva, vivan! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Domínguez

La buena voluntad, comedia en tres actos.
El mayor éxito, comedia en un acto.
¡Ya soy un hombre!, comedia para niños.

Gloria al vencedor, cuadro trágico.

El seductor, sainete con música del maestro Chapí.
Colgar los hábitos, sainete con música de los maestros Lleó y Foglietti.
El bateo, sainete en colaboración con Antonio Paso, música del maestro Chueca.
El ciego de Buenavista, sainete en colaboración con López Silva, música del maestro Torregrosa.
El fresco de Goya, sainete en colaboración con Arniches y García Álvarez, música del maestro Valverde.

La nueva ley, divagación cómica.

Los dos viejos, zarzuela cómica, música del maestro San Felipe.
No más nervios, juguete cómico con música del maestro Fonrat.
¡Abajo los consumos!, revista en colaboración con Pablo Cases, música de los maestros Quislant y Ruiz de Arana.
¡Solos, al fin!, entremés con música de los maestros Ribas y Ruiz de Arana.

Relatos, colección de cuentos.
Ibsen y Benavente, conferencia.
Historia del Papa Abdón y de su hermano gemelo, novela editada por «El libro popular».
El amor y los microbios, novela galante.

Precio: DOS pesetas